



RALPH BARBY

LA VENUS DE LOS CUERNOS DE LUNA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

425 — Alguien pintó el mal, *Ralph Barby*.
426 — La mansión de las serpientes, *Ada Coretti*.
427 — Una oración por Abigail, *Curtis Garland*.
428 — Una bala de plata pura, *Clark Carrados*.
429 — Caza de monstruos, *Adam Surray*.

RALPH BARBY

LA VENUS DE LOS CUERNOS DE LUNA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 430
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.901 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Circulaba por la solitaria carretera bajo un cielo estrellado y una luna llena tan grande y luminosa que los faros se nacían casi innecesarios.

Rodeé una montaña y la carretera atravesó por un bosque. Sorpresivamente, oí un fragor ensordecedor. Mire hacia lo alto y lo vi todo oscuro; un súbito chaparrón cayó sobre el auto que conducía.

Cuando se circula mucho por carretera, no es raro que, después de dejar atrás un lugar donde hace buen tiempo, se sumerja uno en una zona donde te cae encima un diluvio o un desagradable pedrisco.

Puse en marcha el limpiaparabrisas que no pareció suficiente para quitar el agua y dejar limpio el cristal.

De pronto, ante los faros y en una curva, apareció una figura blanca.

Yo había disminuido la marcha y frené. El coche patinó sobre el agua pero al fin se detuvo en la cuneta. Miré hacia atrás y no vi nada; abrí la portezuela y grité, seguro de que era una mujer lo que acababa de ver.

—¡Eh, eh! ¿Está ahí?

Un rayo cayó frente a mí, casi cegándome, y tuve la desagradable impresión de que el rayo, con el consiguiente estruendo, daba de lleno en la silueta femenina que avanzaba por el centro de la carretera donde caía el diluvio.

Sentí un profundo ahogo. Aquella mujer habría muerto a consecuencia del rayo que acababa de caerle encima... Se hizo la oscuridad un instante y luego, por entre la densa cortina de lluvia, la vi avanzar hacia mí.

Suspiré.

—¿Se encuentra bien?

Ella corrió a mi coche.

—Menos mal. ¿Puede llevarme?

—Claro, suba; está empapada.

—Sí, llueve mucho.

—Yo diría que diluvia —comenté apenas sin verla, pues ella se cubría la cabeza con una especie de chal que chorreaba agua—. Mejor si se quita la ropa mojada, conectaré la calefacción y no pasará frío.

Se quitó un jersey que llevaba encima y la falda. Ante mi estupor, quedó desnuda a mi lado.

La observé de reojo y me pareció la mujer más hermosa que había visto en mi vida, pese a su cabello completamente mojado.

Era rubia, de largos cabellos. Me resultaba difícil calcular su edad, pero tendría sobre los veinte años, quizás un poco menos. Sus pechos eran de una gran hermosura, altos y firmes, una auténtica provocación. Bueno, no podía fijarme más en aquellos momentos, la lluvia seguía cayendo y apenas veía.

—¿Estaba sola en la carretera? —le pregunté, tontamente.

—Sí, conducía mi coche pero se paró.

—¿Su coche? No lo he visto.

—Venia por una pista forestal, es un Citroën. He salido a la carretera general cuando ya diluviaba.

—Fíjese, de pronto ya no llueve... Qué raro, ¿verdad?

—Sí, habrán sido unos nubarrones tormentosos, pequeños, sin más.

—Me dirijo a la ciudad. ¿Dónde quiere que la deje?

He de confesar que me sentía algo turbado llevando a aquella autoestopista de emergencia a mi lado, y completamente desnuda y, por si fuera poco, tan joven y hermosa.

No pude evitarlo, el deseo hormigueó en mis venas, pero me contuve, proseguí viaje y ella no dijo nada hasta llegar a la entrada de la ciudad donde le pedí:

—Será mejor que se cubra un poco: si algún policía nos ve, nos puede llamar la atención.

—La ropa está mojada y con la calefacción me siento mucho mejor como estoy.

—En el maletero tengo una manta, será mejor que se la ponga por encima. Después de todo, al salir del coche Te hará falta.

Ella no se opuso.

Detuve el coche, abrí el maletero y saqué la manta que llevaba guardada allí. Incluso, recuerdo que la olfateé por si olía a aceite o a grasa de automóvil.

Me pareció bien, cerré el maletero y regresé al interior del coche, pero ella ya no estaba.

—¡Eh, aquí tengo la manta! —casi grité, mirando alrededor del coche.

La mujer había desaparecido y tampoco estaba su ropa.

Me acerqué al guardaraíl metálico que protegía el límite de la carretera; al otro lado había una altura de siete u ocho metros en vertical, por lo que resultaba imposible que se hubiera alejado por allí. Tampoco se veía caminando por el asfalto, ni en una dirección ni en otra.

No comprendía lo que ocurría, me había separado de ella apenas unos segundos...

Me sentí como aturdido por lo que acababa de suceder. El asiento ocupado por ella estaba mojado, no era posible dudar de que la mujer había estado allí, pero ¿cómo se había esfumado?

Salí del coche dispuesto a seguir buscando. Entonces vi dos luces, eran unos faros que se me echaban encima como dos ojos monstruosos. Luego, un gran dolor, mucho dolor.

* * *

Sonó un timbre y Alex Shartte aflojó el pedaleo hasta que se detuvo por completo, respirando hondamente.

Una enfermera fisioterapeuta se le acercó sonriente. Era alta y hermosa.

Tenía una mirada clara y abierta, sus ojos sonreían pese a estar acostumbrada a ver tragedias en torno suyo.

—Diez kilómetros, muy bien —miró el reloj—, Y muy rápido, con punto «siete» de resistencia. Magnífico, magnífico. Estoy segura de que el doctor le dará ya de alta, está recuperado completamente.

—Eso espero —dijo Alex.

Abandonó la bicicleta estática de recuperación, se envolvió en una toalla y se fue a la ducha, despojándose de sus ropas mientras otros pacientes seguían con sus ejercicios de recuperación; los había que no podían andar ni mover los brazos.

Se puso el batín y, cuando salió del gimnasio de recuperación, se encontró con el doctor que se hallaba junto a la fisioterapeuta.

Vilma era una mujer joven de la que todos los enfermos en recuperación física solían enamorarse y ella ya se había acostumbrado a tal situación.

—Magnífico, Shartte, su recuperación ha sido completa. No hay como ser joven y tener una gran vitalidad.

—Y un deseo de recuperación incontenible —añadió Vilma, sonriendo con los ojos y con los labios.

—¿De veras he corrido el riesgo de quedarme paralítico por el atropello que sufrí en la carretera?

—Si —asintió el doctor—. Podía haber sido muy grave, pero, por suerte, quien le auxilió sabia lo qué tenía que hacer y no le metió dentro de un utilitario, convirtiéndolo en un cuatro. Llegó una ambulancia y se le mantuvo estirado, sin doblar su espina dorsal; de esta forma no se seccionaron sus nervios.

—Y gracias a sus deseos de volver a ser como era antes, lo ha conseguido —añadió Vilma.

—Ya no necesita muletas. Haga footing diariamente —le ordenó el médico —. Comience con media hora al día y suba progresivamente el tiempo hasta una hora.

—¿Una hora corriendo? —preguntó Alex.

—Sí, es joven y no tendrá dificultades en conseguirlo.

Estrechó la mano del médico y, cuando iba a estrechar la de la fisioterapeuta, ésta le cogió por los hombros y le besó en ambas mejillas; se veía muy contenta.

—Puede estar satisfecha de su obra —le dijo Alex—. Doctor, no me quedaba más remedio que pedalear si la tenía a ella delante; la quería alcanzar con la bicicleta, pero la maldita estaba atornillada al suelo.

Se echaron a reír.

Alex Shartte había sido un ejemplo para los otros pacientes que se hallaban en aquel gimnasio terapéutico.

Abandonó el centro clínico y, a bordo de un taxi, se dirigió a su apartamento.

Ansiaba reintegrarse a su vida normal antes del accidente del que fuera

víctima. Quería olvidar a la enigmática mujer que, desnuda, había viajado en su automóvil una noche de plenilunio.

Un psiquiatra que le había visitado y al que explicó todo lo ocurrido, le había dicho que la mujer de su relato podía muy bien ser un personaje mental que no había existido, una fantasía que se había mezclado con los recuerdos reales durante las horas que había permanecido inconsciente a consecuencia del atropello. Había saltado por el aire y, al caer, había golpeado contra el asfalto.

Ahora, él mismo dudaba de si aquella hermosa mujer que había recogido en la carretera en medio de diluvio era un ser real o un ser que sólo había estado en su mente durante la larga inconsciencia en la que había visto repetidamente los dos faros como los ojos de un monstruo que se le echaba encima.

El taxista le dejó frente al bloque de apartamentos donde vivía.

Pagó la carrera y miró el edificio como si hubiera pasado largo tiempo lejos de él. Salir de la clínica y volver era algo importante, más importante de lo que hubiera supuesto antes de ser atropellado en la carretera.

En unas pocas semanas había madurado psíquicamente, habían aflorado de su subconsciente sentimientos en los que ni siquiera había pensado antes. En la clínica había recibido muchas visitas y también llamadas, pero tenía clavada en su estómago la cuchillada de una ausencia.

—Buenas tardes, señor Shartte —le saludó muy cordial el conserje que atendía el edificio de apartamentos.

—Hola, Charles.

—¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente.

—Me alegro de que se haya recuperado tan pronto. Los accidentes están a la orden del día. Un sobrino mío, la semana pasada se mató en la carretera; no somos nada.

—Tiene razón, no somos nada —admitió Alex.

—¿Quiere que le lleve la maleta?

—No. gracias, puedo con ella. Estoy totalmente restablecido y tengo orden de hacer footing cada día.

—Ah, se me olvidaba: la empleada de la limpieza no pudo entrar en su apartamento para hacer los servicios.

—¿No?

—No, estaba la cadena puesta.

—Qué raro...

—A mí también me pareció extraño. Pensé que alguien de su familia o una amistad podían estar dentro, pero no respondieron. Olía mal, muy mal: han debido dejar algo de basura.

—Bien, veré de qué se trata.

Subió en el ascensor.

Introdujo el llavín en la cerradura y abrió, pero la cadena le impidió entrar.

Empujó, pero la puerta no cedió; era una excelente puerta anti-robo.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó, alzando la voz.

Dejó su maleta en el suelo, frente a la puerta, y descendió al vestíbulo. El conserje se le acercó.

—Charles, ¿de veras no ha ocurrido nada en mi apartamento?

—Salvo que está la cadena puesta y que huele mal por alguna basura dejada, no. Pensé en avisar a la policía por si había alguien dentro. Llamé por teléfono y nadie respondió, pero como la cadenita seguía puesta, después cíe insistir varias veces, pensé que lo mejor era i esperar a que usted regresara.

—Bien, avise a un cerrajero para que corte la cadena.

—En seguida.

El conserje llamó por teléfono.

Alex se sentó en una butaca y se entretuvo leyendo el periódico leyendo el que había sobre el mostrador.

Cuando llegó el cerrajero, subieron los tres al piso y cortaron la cadena.

—Ya pueden entrar. Desde luego, ha sido puesta por el interior. ¿No hay otra salida? —pregunto el cerrajero.

—No —dijo el conserje—. La escalera de incendios está en el corredor y se sale por aquella ventana del fondo.

—Pues es muy raro que se haya puesto sola —opino el cerrajero.

Alex Shartte se adentró en el apartamento.

Fue directo al gran ventanal del salón y. lo abrió de par en par para ventilarlo.

Después, fue al dormitorio y lo abrió. El mal olor le abofeteó el rostro. La ventana estaba abierta, pero las persianas exteriores, entornadas y pasaba el aire. Lo que le dejó helado fue el cuerpo que yacía en la cama.

—Brigitte...

—Es su novia —comentó en voz baja el portero, también asombrado ante el cadáver de la joven que ya había entrado en descomposición.

Toda la belleza había desaparecido de ella; la muerte se había encargado de borrarla.

Alex se tambaleó, sintió un escalofrío. Aquel descubrimiento era lo que menos podía imaginar.

Se había lamentado en secreto de que Brigitte no le hubiera ido a visitar en su estancia en la clínica y ahora descubría la razón, la trágica razón.

—Hay que avisar a la policía —dijo el conserje.

—Sí, avísela, avísela...

CAPITULO II

—Según la autopsia —explicó el comisario Dumoite— la víctima falleció de una hemorragia cerebral.

—¿No cabe otra posibilidad? —insistió Alex.

—Según los médicos forenses, no; y el juez cerrará el caso. Su novia, que al parecer tenía la llave del apartamento de usted...

—Cosa muy natural.

—Sí, muy natural —aceptó el comisario—. Mientras usted estaba en el centro clínico que, por cierto, fue a visitar, eso consta en nuestra investigación ya que ha sido reconocida, y posiblemente muy deprimida por lo que le ocurrió a usted, se fue al apartamento utilizando el llavín. Se encerró por dentro y debió sentirse mal. No pudo avisar y falleció; por eso el cadáver no ha sido descubierto hasta que usted regresó al apartamento.

—¿No se ha encontrado nada extraño en su cuerpo?

—Si se refiere a drogas, no; y alcohol tampoco, salvo vestigios elementales. No sufrió ninguna intoxicación por medicamentos, por lo que no cabe pensar en ningún suicidio.

—El rostro del cadáver era horrible, cuando ella, siempre pletórica de vida, había sido muy hermosa.

—Por desgracia, cuando se ven muchos cadáveres, se da uno cuenta de que ese cambio es más frecuente de lo que sería de desear.

—Tuve la sensación de que ella expresaba horror.

—Quizá murió dentro de un gran dolor; eso transfiguraba el rostro.

Desde la noche del accidente, todo se le antojaba alucinante.

Alex Shartte era pintor y profesor adjunto de dibujo en el Lycée du Loire; allí había dado clases y seguiría dándolas tras reincorporarse a su trabajo. Todo se agitaba en su mente en una sinfonía de colores negros, rojos y morados

A bordo de su coche atravesaba la ciudad cuando ya las farolas se habían encendido y el día dejaba de ser día para que la noche entrara tímidamente.

Era esa hora bruja en que los colores se confunden, las Figuras se difuminan y uno no sabe si lo que ve es cierto o una alucinación.

Detuvo el coche frente a un semáforo.

El tráfico se había hecho denso, abigarrado en la gran metrópoli. Era la hora de regresar al cubil, la mayoría para cenar, ver la televisión y luego dormir para, al día siguiente, comenzar una jornada idéntica a la anterior.

Un claxonazo le advirtió que el color del semáforo había cambiado; el rojo dejaba paso al verde.

Puso la marcha, soltó el pedal del embrague y, al mismo tiempo, hundió ligeramente el pedal del acelerador. El coche rodó, como empujado por los que tenía detrás y a los lados.

De pronto, en la acora, junto al bordillo, vio a una mujer de largos cabellos

rubios. No podía detenerse y Alex se excito.

—¡Es ella, es ella! —se dijo.

Volvieron a tocarle el claxon, pues estuvo a punto de provocar un roce entre carrocerías.

Alex, arriesgándose en medio del tráfico, logró salirse por una calle lateral, rodear una cuadra y volver a la calle por donde pasara antes.

Sus ojos escrutaban el bulevar, pero la mujer se había esfumado en aquella hora donde el negro no es negro ni el blanco, blanco, donde todo es gris y se encienden faros y farolas para evitar las colisiones.

No consiguió encontrarla.

—¿Quién será? —se preguntó.

Prosiguió su camino convirtiéndose en una hormiga rodante más, pero la visión no se apartaba de su mente.

Llegó al Lycée du Loire, donde se impartían clases nocturnas, y fue recibido con mucho entusiasmo por los alumnos.

En realidad, no había diferencia de edad entre ellos; Alex Shartte era joven y los discípulos no eran niños si no jóvenes de ambos sexos e incluso adultos que rondaban la cuarentena y que habían escogido el dibujo y la pintura como hobby para desintoxicarse de las tareas habituales del día.

Acudían al Lycée du Loire para mejorar. Sabían que no llegarían jamás a ser importantes, pero satisfacían sus íntimas necesidades psicológicas; se sentían mas realizados.

Otros, en cambio, aspiraban a llegar lejos y estos últimos eran los que menos duraban en los liceos, pues saltaban de uno a otro y viajaban constantemente a la búsqueda de maestros de los cuales aprender.

Alex era consciente de que varias de las alumnas le miraban con más que buenos ojos. La dificultad estribaba en no dejarse arrastrar por las tentaciones fáciles.

—¿Qué, profesor, cómo me pongo? — preguntó la muchacha que iba a situarse como modelo para el dibujo al carboncillo.

—Como si en el suelo, a tus pies, estuviera tu amado muerto y pidieras venganza al ciclo.

—¿Lo interpreto a mi manera?

—Sí, pero mantén la postura.

Se quitó la bata que la cubría mostrando su completa desnudez.

Se situó sobre la plataforma circular y adoptó una expresión de rostro crispada, alzando ligeramente los brazos y las manos, lo que hizo que sus senos, sin ser grandes, quedaran realzados. Todos los músculos femeninos se habían tensado y a todos los presentes les pareció bien.

Fueron tomando posiciones en torno a la modelo desnuda que no sentía turbación alguna. Alex fue pasando de un alumno a otro haciéndoles indicaciones y observaciones, apreciando algunos de los trabajos y la discurrió perfectamente. Sonó un timbre y la modelo suspiró, descansando.

—No hay trabajo más duro que ser modelo. Si te toca estar sentada en

posición relajada, bien; pero así, en tensión, es agotador.

—Pero la pose ha sido buena —opinó Alex que parecía un poco distraído.

—Vamos a tomar unas copas —le invitaron.

—No, ahora no.

Al quedarse a solas, Alex puso una hoja en un tablero; la sujetó con cuatro chinchetas metálicas y. tomando un carboncillo, comenzó a dibujar, olvidándose del tiempo y del espacio.

Las líneas de una figura femenina se fueron plasmando en el papel. No eran trazos vacilantes sino rápidos y seguros. Era la mano experta de un profesor de dibujo que parecía tener la modelo frente a sus ojos.

—¡Oh, qué hermosa! Pero no soy yo —le dijo una voz tras el que le sorprendió.

—Ondine.

—¿Te has asustado?

—Me has sorprendido; creía estar solo.

—Pues no, no me había marchado. Me sentía cansada y me he tendido en el triclinio. ¿Qué te parece si salimos a dar una vuelta, o esta noche vendrá Brigitte a buscarte?

—Brigitte ya no vendrá nunca más.

—¿Te ha dejado?

—Ha muerto.

—¿Brigitte, muerta? —repitió, estupefacta—. No puedo creerlo.

—Pues es así, ha muerto.

—Disculpa, no sabía nada.

—Eh una gran ciudad, una muerta queda disuelta entre otras muchas más, esto es un hormiguero.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Preferiría no hablar del tema.

—Como quieras —miró la hoja en la que, muy bien dibujada, se veía a una bellísima mujer—. Esta chica no es ninguna de las alumnas ni de las modelos.

—No, no lo es.

—¿Y quién es entonces?

—No lo sé.

—Pareces alucinado., Alex. ¿La has visto en alguna película?

—No.

—Oye, ¿por qué no dejas el dibujo y nos vamos a tomar unas copas? Pienso que te hace falta algo de comunicación corporal.

—Sí, posiblemente la necesite —aceptó.

Ondine le cogió del brazo y, poco después, ambos salían a la calle.

Frente al Lycée du Loire había una cafetería que tenía las paredes empapeladas con los dibujos que regalaban los alumnos y ex alumnos del liceo.

—Hola, profesor Shartte —le saludó la propietaria—. Me contaron que lo había atropellado un coche.

—Sí, pero eso ya pasó.

—Hay que celebrarlo, esta noche le invita la casa. Ah, y cuando tenga su pintura, la colgaré en un buen lugar, seguro que sí —le dijo la vieja madame de cabellos color de paja sucia.

—Todavía no he hecho una adecuada.

—Todos los profesores dejan aquí una muestra, usted no va a ser menos; pero, hay tiempo, claro que sí, aún no le ha matado un coche. —Soltó una risa cascada.

—Aún —comentó Ondine en tono de queja—. Pues no querrá que te maten, la vieja bruja.

Tomaron unas copas y, cuando quiso darse cuenta, Alex ya estaba en la calle con la modelo colgada de su brazo.

—¿Vamos a tu apartamento?

—¿A mi apartamento? —repitió el hombre como si, de repente, le hubieran metido en una conversación de la que desconocía el tema a tratar.

—Sí, a tu apartamento. Es confortable, ¿no?

—Sí, pero allí no.

Ondine suspiró.

—Bien, iremos a mi habitación. Oye, ¿sabes que me pagáis muy mal como modelo? Y como modelos fotográficas hay tantas... A veces pienso que somos demasiadas chicas guapas y que solo unas pocas triunfan. Las demás vamos tirando, esperando que la suerte nos arrope algún día.

El cuarto que Ondine tenía alquilado mediría unos doce metros cuadrados y tenía un diminuto aseo con ducha. Dos ventanas daban a la calle y podían verse unos luminosos, encendidos durante toda la noche.

Alex Shartte se dejó llevar por la modelo y, una hora más tarde, descansaba boca arriba con las manos cruzadas tras la nuca.

Ondine le pasaba un dedo por entre el vello rizado de su tórax desnudo.

—Has cumplido pero eres frío, profesor.

—Ya te he dicho que Brigitte ha muerto.

—Lo siento, de verdad lo siento, pero la vida sigue, Alex.

Se inclinó sobre él y lo besó en los labios.

—Alex, tú y yo haríamos grandes cosas y no sería necesario que nos casáramos...

—Aparta, por favor, tengo que irme.

—Estoy segura de que cualquiera de tus alumnos se volvería loco por estar en tu lugar.

—Imagino que sí. Ondine, no te molestes. Disculpa, esta noche no estoy fino.

—De acuerdo, de acuerdo. Mira, si cambias de opinión, llámame o dime en el liceo que me espere a la salida. Soy comprensiva, Alex, te lo juro, muy comprensiva.

Alex salió a la callo con sensación de frío, soledad y angustia interna. Tardarla en salir del estado depresivo en que se hallaba.

Quiso pensar en Brigitte y, sin embargo, a su mente acudió la imagen de la desconocida autoestopista. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Volvería a verla?

Alex Shartte no sabía aún que aquella enigmática mujer se había introducido en su cuerpo como un garfio candente que iba a desgarrarle las vísceras con un dolor imposible de soportar.

CAPITULO III

Ondine se hallaba dormida cuando comenzó a oír un ruido uniforme y penetrante, como un punzón que se introducía en su cerebro cada vez más ruidosamente; los decibelios se hacían insoportables.

Despertó y abrió los ojos. Estaba sola, la cama caliente y, en la calle, el anuncio luminoso encendido.

Una ventana se abrió violentamente, casi con el estrepito de una explosión y una ráfaga de aire frío inundó la estancia. Se sintió aterida.

Se incorporó sobre la cama con intención de llegar hasta la ventana y cerrarla, pero la cama comenzó a oscilar como si fuera un cascarón de nuez en plena torrentera.

—No es posible, esto es una pesadilla —se dijo.

Las puertas del armario se abrieron a golpazos y, horrorizada, Ondine pudo ver a seres repugnantes, como cadáveres vivientes que brotaban de entre las ropas. Eran lentos, vacilantes...

Ondine quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta.

El terror penetró en su cuerpo como el más ávido de los amantes y la poseyó por completo.

Consiguió saltar de la cama y, al llegar hasta la puerta para escapar, cuando iba a abrirla, la madera se partió por sí sola y dos de aquellos repugnantes seres, como zombies abominables, entraron en la estancia, caminando hacia ella.

—¡No, no, no! —suplicó mientras retrocedía y los seres macabros avanzaban hacia ella sin decir nada.

—No. por favor, no; esto es una pesadilla, quiero despertar, quiero despenar —gemía Ondine cuando ya su cuerpo quedaba de espaldas a la ventana.

Ellos seguían acercándose, acosándola con aquellas manos podridas y descarnadas que se tendían hacia su cuerpo desnudo y hermoso, tratando de cogerlo.

—¡Nooo! —gritó, doblándose hacia atrás, y el centro de gravedad de su cuerpo se desplazó por encima del bajo alféizar de la ventana.

—¡Aaaaaah!

Ondine cayó al vacío. Tras un golpe sordo, se hizo el silencio, pero en algunas ventanas, antes oscuras, comenzaron a encenderse las luces.

Un cuerpo modélico de mujer ya no era más que algo roto, reventado sobre una mancha de sangre que se agrandaba lentamente, sangre que brotaba por su boca, por su nariz, por sus oídos, mientras los ojos permanecían abiertos mirando a un ciclo que ya no veía. El terror había quedado impreso en ellos.

* * *

Sin deseos de regresar a su apartamento, Alex Shartte se introdujo en una boite-discoteca.

Pidió un combinado. Se sentía deprimido y no deseaba la soledad.

—¿Bailas, encanto?

—No. ahora no.

—Tú te lo pierdes —rezongó la chica.

—Oiga, usted es Shartte, el profesor de dibujo, ¿verdad?

Volvió la cabeza hacia el hombre que estaba acodado junto a él en la larga barra.

—Sí, soy yo.

—¿Se siente bien?

—Sí, ¿por qué? ¿Quién es usted?

—Inspector de policía, le vi en el despacho del comisario Dumoite.

—Ah, ya. ¿Haciendo la ronda?

—Sí, ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, con un trago se me pasará.

—El alcohol no cura nada. Shartte.

—Lo sé, pero estoy, no sé cómo decirlo, hastiado y deprimido.

—No debe sentirse culpable por la muerte de su novia.

—¿Y quién le ha dicho que me siento culpable?

El inspector de policía, que era joven aunque no tanto como Shartte, se encogió de hombros antes de responder.

—Su aspecto.

—¿Encuentran a muchas mujeres muertas así, como hallaron a Brigitte?

—Bueno, ya en estado de descomposición, no es frecuente, pero lucren en esta ciudad más mujeres de las que cabria suponer y hombres también, claro. ¿Por qué no se va a su casa, se toma un somnífero y duerme?

—No me apetece.

—Si sigue por este camino, corre el riesgo de caer en la pendiente del alcoholismo y es muy difícil salir de ella; se lo digo por la experiencia que me da la profesión.

—Inspector, la mujer existió, le juro que existió —dijo de repente.

—¿Qué mujer?

—La de la lluvia, la que se metió en mi coche.

—Vamos, vamos, deje este local y váyase a la cama. Si lo desea, ya le llevaré yo porque es mejor que usted no conduzca; ha bebido algo más de la cuenta.

—¿Es que hace de ángel de la guarda?

—Si conduce, se expone a que le retiren el carnet de conducir, Shartte.

Alex Shartte no condujo su automóvil aquella noche. Vio el amanecer sentado en el banco de un parque público, notó el gélido rocío sobre sus ropas y su cabeza y tiritó.

Las mandíbulas le castañetearon y pensó que los *clochards* y mendigos, durante el tiempo invernal, debían pasarlo muy mal.

Con las manos en los bolsillos, buscó una cafetería

V una vez dentro, pidió un café con leche muy caliente. Mientras se abrasaba los labios y lengua para calentar su cuerpo, alguien comentó cerca de donde él estaba:

—Ha sido horrible, horrible. Estaba desnuda.

—¿Se ha tirado por la ventana? —preguntó otra voz.

—Sí, para mí que estaba drogada. Era muy bonita, una pena, esta juventud no sabe vivir.

—¿Era una furcia?

—No. Bueno, no sé, han comentado que era una modelo de pintores del Lycée du Loire. La han identificado en seguida porque se ha tirado desde la habitación donde vivía, sola: claro que han dicho que un hombre ha estado con ella esta noche, seguramente sólo para joder y luego la habrá dejado tirada, quién sabe si con unos pocos francos. Luego dicen que se ganan la vida como modelo, hipócritas...

—¿Vendrá en los periódicos?

—Eso, seguro, estaba desnuda y le han hecho fotografías.

El vaso de café con leche saltó de entre las manos de Alex Shartte y la camarera preguntó:

—¿Se ha quemado, monsieur?

—¡Ondine, Ondineeee! —gritó a pleno pulmón, saliendo a la calle.

—Eh, monsieur, monsieur, tiene que pagar —exclamó la camarera sin demasiado entusiasmo mientras el viejo que había estado comentando el suceso de la noche gruñía:

—Otro que se ha vuelto loco. El mundo va cada vez peor.

CAPITULO IV

Alex, delgado, demacrado, con profundas ojeras, depositó un ramo de flores sobre la tumba de Ondine.

Estuvo contemplándola unos instantes sin decir nada, sin pensar en nada, como si su cerebro se hubiera vaciado por completo.

Hundió las manos en los bolsillos del gabán; comenzó a lloviznar levemente.

El cementerio estaba vacío y a Alex le pareció inmenso: hileras interminables de losas sobre las que caía la fina lluvia.

Salió del recinto, subió a su coche y se alejó. Fue hasta el centro clínico donde se había repuesto del atropello del que fuera víctima en la carretera y allí se encontró con Vilma que, al verle, expresó disgusto en su bello rostro.

—Alex, ¿qué le ha sucedido? Tiene muy mala cara.

—Sí, creo que ni como ni duermo.

—Pero, Alex, eso le llevará a su ruina. Venga, venga conmigo.

Se dejo llevar y, cuando esperaba que Vilma le llevara a un lugar tranquilo, se encontró en el self service del centro clínico.

—Comerá unos huevos fritos con bacon, una naranjada, leche, unos bollos...

—Y mermelada, pan tostado, pollo con lechuga y, de paso, un supermercado entero. ¿No?

—Vamos, no sea sarcástico, debe comer. ¿Se ha mirado en un espejo?

—No me atrevo.

—Se imagina cómo está, ¿eh?

—Si me mirara en un espejo, me odiaría a mí mismo, Vilma. He venido para consultar con el psiquiatra.

—¿El psiquiatra?

—Sí, me temo que estoy volviéndome loco.

—Seguro que no.

—¿Por qué tanta seguridad?

—Por lo que sé y conste que no es mi especialidad, cuando uno se vuelve loco es el último en enterarse y, por supuesto, en admitirlo.

—Es una buena razón, Vilma. Usted me revitaliza, tiene la virtud de infundirme el deseo de vivir.

—Claro que sí. Vamos, yo le escogeré la comida y usted, como buen chico, comerá.

—Y luego, al psiquiatra.

—Hoy no podrá ser, ya ha pasado la visita y se ha ido.

—¿Mañana, entonces?

—Si es tan urgente, creo que será mejor que vuelva pasado mañana y no le aconsejo que vaya a su consulta particular, salvo que tenga una saneada cuenta comente.

Desayunaron copiosamente, aunque ya era tarde y se habían quedado solos.

Vilma no parecía tener prisa. Le miraba al principio de hito en hito y luego, directamente. A Alex no le molestaba.

—¿Está seguro de que le hace falta un psiquiatra?

—La verdad, no sé si vivo una pesadilla o una realidad.

—Cuando abandonó este centro, se encontraba bien.

—Sí, pero luego...

Le contó lo sucedido, primero con Brigitte y después con Ondine. Terminó diciendo:

—Es como una maldición.

—Es raro lo que cuenta, pero está claro que usted no ha intervenido en ninguna de las muertes.

—No, no he intervenido, pero las dos estaban relacionadas conmigo.

—¿No puede ser casualidad?

—Sí, podría ser una maldita casualidad, pero me han afectado.

—¿Y dice que esa mujer de la noche de la lluvia, existe?

—Seguro, la volví a ver.

—¿Y es tan bonita como cuenta?

—Sí, mucho.

—¿No se habrá enamorado de ella?

—No, no estoy enamorado de ella, aunque debo confesar que la deseé, si, la deseé; fue algo instintivo.

—Si la vio desnuda es comprensible.

—¿Piensa que soy un animal?

—No, simplemente un hombre. Pueden amar a una mujer pero a la vez pueden acostarse con cuantas se les pongan al lado mientras sean suficientemente atractivas.

—Parece que es usted muy comprensiva.

Vilma sonrió.

—¿Olvida que estoy en la sección de recuperación?

—Sí, claro. Vilma, después de lo que le he contado, ¿cree que estoy para ir a ver al psiquiatra?

—La verdad, por ahora, creo que no. Ha visto en su mente una mujer, que, al parecer, sólo es parte de su imaginación.

—No es imaginación. Estuvo a mi lado, estuvo realmente.

—Es posible, pero en los casos de accidente, especialmente de automóvil, suelen confundirse las cosas, máxime si ha habido víctimas, porque entonces, para no recordar, ponen en marcha el mecanismo psicorrefugiador de la amnesia.

—Yo la pude dibujar y lo hice porque la vi en la calle y ella me saludó.

—Si la dibujó, ¿podría verla yo? Si es tan hermosa como dice.

—Sí, claro, aunque no es más hermosa que usted, Vilma.

—Gracias, pero no me lo creo

—Sólo puedo decirle que ella es misteriosa, extraña.
—Y ha entrado en su vida justo cuando dos mujeres a las que ha amado han muerto de forma violenta.
—Sí. Por cierto, ¿tiene algo que hacer?
—Dentro de dos horas estaré libre.
—Entonces, iré a mi apartamento, me adecentaré un poco, me afeitaré y pasaré a recogerla. La verdad, Vilma, a su lado, el más desesperado adquiere deseos de vivir. Es, no sé cómo expresarlo, la vitalidad hecha belleza.
—Muy amable. Ahora tengo que dejarle, hasta dentro de dos horas.
Cuando Vilma concluyó su jornada laboral como fisioterapeuta en el centro clínico, se encontró con que Alex Shartte la aguardaba.
Sonrió al hombre y comentó, tuteándole directamente:
—No pareces el mismo; de antes, me refiero.
—Una buena comida, un afeitado, un duchazo y la presencia de una experta en recuperación obran milagros.
—Hace un rato parecías un hombre hundido y tengo experiencia al respecto; ahora, es muy distinto.
—Vamos.
Alex estacionó su coche cerca del Lycée du Loire, pero antes de dirigirse a él dijo:
—Tendremos que esperar unos minutos; al colega que ocupa el aula de dibujo no le agrada que lo molesten.
—¿Comenzará ahora tu clase?
—No, ahora no. al anochecer; soy el que da clases nocturnas.
—Esperaremos.
—Iremos a la cafetería; tiene mucho ambiente. Allí acuden muchos dibujantes y pintores; los más famosos han pasado por aquí. Especialmente se reúnen los alumnos del liceo, esperando ser algún día como los famosos que han dejado un recuerdo en la propia cafetería.
Al entrar en el establecimiento, Vilma se fijó rápidamente en los dibujos y óleos colgados por las paredes.
—¡Oh, cuántas obras! —comentó.
—Hay de las firmas más importantes.
—Hola, profesor. ¿Se enteró de lo de la pobre Ondine? —le preguntó la del cabello color de paja sucia.
—Sí, sí, pobre Ondine.
Vilma observó que el rostro de Alex acusaba el disgusto de tener que hablar de la modelo muerta.
—Yo tomaré un refresco —dijo Vilma.
—Ah, profesor Shartte, gracias por el cuadro, sabía que terminaría por entregar a la cafetería una de sus mejores obras; así la podrán admirar todos sus alumnos.
—¿Mi obra?
—Sí, sí, la trajo la propia modelo. ¡Qué chica tan guapa! Vendrá mucho

por aquí. Fíjese, fíjese, mademoiselle, es aquel óleo. Merece estar en el lugar principal; es una obra verdaderamente hermosa.

Alex palideció al verla. Vilma clavó sus ojos en la pintura.

En el cuadro se reflejaba una mujer bellísima de cabellos largos rubio albino. Surgía de una gran llamara da en medio de la noche. La luna se hallaba detrás de su cabeza, como formando dos cuernos luminosos.

Aparecía totalmente desnuda y su atractivo secaba las gargantas masculinas. Sus labios eran de un color intenso, y sus ojos despedían vida, semejaban seguir la mirada de cuantos la contemplaban, como ocurría con la magistral pintura de Leonardo da Vinci, «Mona Lisa».

—Es magnífica —aprobó Vilma.

—Claro que lo es —aplaudió la patrona—. Y tiene un atractivo especial; todos se quedan encantados mirándola. Es un cuadro con mucha fuerza, claro que la mujer es perfecta —miró a Vilma y añadió—: Aunque usted, mademoiselle, desnuda no creo que quedase mal al lado de la otra modelo.

—¿Y dice que la trajo la propia modelo? —preguntó Alex, apenas sin voz.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer. ¿No se lo dijo ella, profesor?

—Deme un pernod doble, por favor.

Cuando se quedaron solos, dentro del murmullo general de la cafetería y frente a sus respectivos vasos. Vilma preguntó:

—Es ella, ¿verdad?

—Sí, es ella.

—¿Y no la pintaste tú?

—No, yo sólo la dibujé.

—Entonces, el cuadro habrá debido pintarlo ella misma.

—Si sabe pintar...

—Es muy raro, ¿no? La obra parece muy buena.

—Tiene tanto realismo que a mí mismo me asusta.

—Es muy bella, pero irradia algo maligno.

—Es seductora. La encontré en una noche de tormenta, pero ella quema como la llamarada que la en vuelve. Creo que es el mejor fondo que se podía colocar como marco a su belleza.

—¿Estás seguro de que no la has pintado tú en algún tiempo que no recuerdes?

—Completamente. Además, me considero regular como pintor, soy mejor dibujante y jamás llegaría a hacer una pintura tan expresiva. Habrá sido ella que no quiere que la olvide y no lo comprendo, porque cuando está cerca de mí, desaparece.

Vilma bebió su refresco y luego, con alguna dificultad, temiendo herir, sugirió:

—Quizá no estaría de más que visitaras al psiquiatra.

—Piensas que desvarío, ¿verdad?

—Hay imágenes y situaciones confusas en tu mente; tú mismo no eres capaz de clarificarlas y necesitas ayuda.

—No sé si acabaré en el manicomio o no. pero ven conmigo.

—¿Adónde?

—Vamos, vamos.

Vilma se dejó llevar. Subieron al coche y Alex lo puso en marcha. La ayudante médico tuvo que decirle:

—No corras demasiado, no sea que vayamos los dos al hospital.

—Voy al sitio adonde la encontré.

—No puedes olvidarte de ella.

—Es ya una pesadilla.

—¿Quieres encontrarla porque la deseas?

—Quiero encontrarla para liberarme de ella.

—¿La amas?

—No.

El coche hizo una extraña maniobra sobre el asfalto y se colocó frente a un autobús.

—¡Cuidado!

Los neumáticos chirriaron, pero Alex consiguió desviarlo y evitar la colisión.

El chófer del autobús también hubo de apartarse de su camino mientras gritaba improperios contra Alex.

—No entiendo cómo se ha podido desviar el coche...

—Estás excitado por el descubrimiento del cuadro de esa misteriosa mujer que te obsesiona.

Alex redujo la velocidad al tiempo que lanzaba un suspiro.

—'Tengo que ir al lugar donde la encontré.

—¿El lugar del accidente?

—No, no, fue antes, bastante antes, en pleno campo, en un lugar perdido, ya lo verás

—¿Esperas volver a encontrarla allá?

—No lo sé, pero tengo que ir a ese sitio.

Tras un largo silencio, Vilma le hizo observar:

—Si la buscas, la encontrarás en la ciudad. Ella ha ido a la cafetería a entregar su cuadro.

—Sí, pero siempre aparece de forma que no puedo acercarme a ella, se desvanece, es como si jugara conmigo.

—¿De verdad no conoces a esa mujer?

—En absoluto.

—¿Podría ser algún familiar tuyo?

—¿Familiar?

—Sí, una prima segunda que no hayas visto en años o quizá nunca y que se haya enterado de que tú eres profesor del Lycée du Loire.

—No, no, no sé quién es, no la conozco, pero se ha cruzado en mi camino

y tengo que encontrarla.
—Y cuando la encuentres, ¿qué?
—No sé, le preguntaré quién es.
—Me temo que, si la encuentras, yo estaré estorbando.
—No, Vilma, no. Yo no la amo.
—Pero la deseas.
De pronto, el hombre sonrió.
—Tengo que felicitarte, Vilma.
—¿A mí, por qué?
—Eres valiente. Debo parecerte un loco alucinado, un hombre que además no tiene las ideas claras y habla de alucinaciones que pretende que sean realidades; sin embargo, vas en su coche, conduciendo él, y cuando digo «él» me refiero a mí, por una carretera en la que no tardará en oscurecer, en dirección a un lugar desconocido.
—Visto así, tendría que gritar de terror y pedir auxilio al primer coche que pase en dirección contraria.
—Bueno, creo que te lo he pintado demasiado ñero. No temas. Vilma, estoy confundido pero, como tú has dicho, el loco es el último en enterarse de que lo está. Claro que si empiezo a pensar que no lo estoy...
—¿Tardaremos mucho en llegar?
—No, no mucho.
Alex se acordaba perfectamente del lugar en el que recogiera a la desconocida y, cuando llegó a él, disminuyó la velocidad.
Vilma preguntó:
—Mira, ahí hay un camino.
Giró noventa grados y se introdujo en el camino que, pese a ser de tierra, era bastante aceptable para el paso de coches.
—¿Adónde vamos ahora?
—La recogí a la salida de esta pista forestal. Venía desde alguna parte por ella, me dijo que se le había estropeado el coche.
—¿Qué piensas encontrar? Si la grúa ya se llevó el coche...
—No sé, quizá no encontraremos nada, pero si ella pasó por aquí es que venía de alguna parte.
Circuló despacio y lo hizo por el interior de un bosque con bastante pendiente que, al fondo, terminaba en un pequeño riachuelo.
—Ha de ser malo circular por aquí en noche de tormenta —comentó Vilma mirando al fondo.
—Sí, teniendo en cuenta que el suelo es de tierra y los bordes del camino pueden ceder.
Llegaron frente a dos pilones de granito situados a ambos lados de aquel camino habilitado para el tránsito de automóviles. Una cadena de eslabones de considerable grosor unía los pilones, pero ahora no se hallaba tensa si no caía sobre la tierra.
—Villa l’Eternité —leyó Vilma.

—¿Qué será esto? —se preguntó Alex en voz alta.

—Parece que se trata de una villa que bautizaron con el nombre de «Eternidad», quizá porque se ignora cuándo se fundó.

—Sigamos.

—Hay casas.

—No muchas —replicó Alex.

—Parece una aldea, pero no se ve a nadie.

Se detuvieron en lo que podía constituir la plaza.

—No habrá más de quince casas —opinó Alex.

—Mira la fuente, le han puesto cuernos.

—¿Cuernos? Yo diría que es una media luna un poco estilizada.

—¿Serian moros quienes la levantaron ?

—No sé. Las casas no tienen estilo árabe, aunque se ven muy antiguas.

—No se ve ni un coche, no se ven animales, no se oye nada.

—¡Eh! —Gritó Alex, voceando—, ¿Hay alguien aquí?

—Con esta paz, si hay alguien durmiendo se va a despertar.

—Eh, ¿qué buscan?

Se volvieron. Vilma lo hizo con sobresalto.

—¡Qué susto!

Alex miró al hombre que se les acercaba, empujan do un velomotor.

—¿Es usted de aquí?

—Soy el guarda.

—¿El guarda? Si no hay nadie aquí.

—No hay nadie ahora, pero algunos vienen el fin de semana, otras para las vacaciones.

—¿Es una villa de descanso? —preguntó Vilma.

—Sí, eso es. Esta aldea se estaba quedando sin gente, ya sabe, los jóvenes se van a la ciudad, dicen que en el campo no hay trabajo ni diversión, pero una compañía de esas de turismo compró toda la aldea, no se vaya a creer que por mucho, no. Remozó y revocó lo que hacía falta arreglar y alquila las casas para el verano o cuando haga falta. La verdad es que en verano sí estará bien.

—¿Dice que va a estar bien, quiere decir que todavía no ha funcionado como villa estival?

—Pues no, aún no, pero los nuevos propietarios tienen gran confianza, ya lo creo qué sí; de lo contrario no se habrían gastado el dinero. Eso está claro, es un negocio.

—¿Y actualmente no hay nadie por aquí?

—No. sólo paso yo a hacer la ronda, nada más.

—¿Sabe si aquí vive o ha vivido desde hace poco una mujer joven, de cabellos largos y muy rubios que tenía coche? Era muy guapa.

—¿No estará hablando de la mademoiselle aquí presente?

—No, no. La mademoiselle que me acompaña ya sé que es muy hermosa, pero pregunto por otra mujer.

—Pues no. La última mujer que salió de villa l’Eternité fue madame Lune,

precisamente.
—¿Madame Lune? —repitió Vilma, frunciendo el ceño.
—Sí, madame Lune. ¿La conocían?
—Yo, no —dijo Alex—. ¿Y tú, Vilma?
—Tampoco.
—Pues me ha parecido que sí la conocían.
—¿Es guapa y joven? —preguntó Alex.
—No, no, era muy vieja, nadie sabía los años que tenía. Era una mujer muy rara, recibía a sus amistades viviendo de espaldas a los Habitantes de la villa.
—Entonces, no es esa mujer —dijo Vilma.
—Seguro que no —insistió el guarda—. Era la última habitante y lo cierto es que la compañía no le pudo comprar su mansión en la que tenía gran interés. La pobre se despeñó con su coche que se incendió, yo fui quien la encontró y les aseguro que fue horrible, estaba carbonizada. El coche, o lo que queda de él, podrán verlo al fondo de la barranca.
—Pues su mansión ahora sí se podrá comprar —opinó Vilma.
—No, no se le pudo comprar y creo que existe una pariente suya que es la heredera. Si quieren alquilar una casa, vayan a esta dirección.
Del bolsillo de su cazadora de piel sacó una tarjeta que entregó a Alex Shartte.
—¿Para alquilar una de estas casas hay que dirigirse a la compañía? —preguntó Vilma.
—Sí, yo no tengo más que enseñarles las casas y les aseguro que no les falta de nada. Pueden pasar unas vacaciones muy tranquilas respirando aire puro, sin ruidos molestos.
Vilma inquirió:
—¿Y cuál es la mansión de madame Lune?
—No se ve bien desde aquí, pero ese camino entre las casas conduce a ella, no hay pérdida. Esa mansión podría transformarse en un hotel magnifico; dicen que por dentro es muy grande.
—¿Y usted, siendo de aquí, no ha estado nunca dentro? —se asombró Vilma.
—Pues no. madame Lune no era amiga de recibir a las gentes de la villa en su mansión. Ahora, si no desean nada más, tendrán que salir, he de colocar la cadena.
—¿Cerrando el paso? —inquirió Alex.
—Sí, la cadena que cierra el paso sólo se abrirá para los que vayan a quedarse aquí. Mientras no haya nadie, es mejor que esté cerrado para que no acudan vagabundos.
—¿La compañía que ha comprado la villa l'Eternité no es propietaria de la mansión de madame Lune, no ha dicho eso?
—Sí, monsieur, eso he dicho.
—Entonces, ¿cómo pueden cerrar también el paso hacia la mansión?

El guarda se encogió de hombros.

—Yo cumplo órdenes. Me fui de aquí a trabajar al pueblo que está a doce kilómetros y cuando me ofrecieron el puesto de guarda me pareció una buena cosa, por lo que me dije que haría mi trabajo bien y hacer bien el trabajo es cumplir con lo que le mandan a uno. ¿No está de acuerdo, monsieur?

—Sí, claro, pero ¿de verdad no había ninguna mujer joven aquí?

—No, monsieur, en muchos artos. ¿Quién iba a saberlo mejor que yo, que soy de este lugar y ahora lo cuido como guarda?

—Sí, claro.

—¿Nos vamos, Alex? Va a oscurecer.

—Sí, vamos.

Se dirigieron al coche, montaron en él y se alejaron. El guarda puso en marcha su ruidoso velomotor y les siguió hasta la gruesa cadena donde se detuvo y se apeó para cerrar el paso.

—¿Qué piensas ahora, Alex? —le preguntó Vilma mientras rodaban hacia la carretera.

—Que ella salió de este lugar.

—¿Después de lo que ha explicado el guarda?

—Mira, aquello debe ser el coche de madame Lune.

Alex detuvo su automóvil.

—Está claro que se quemó y nadie que estuviera dentro podía salir con vida.

El velomotor del guarda llegó a su altura y se detuvo sin parar el motor.

—¿Ese era el coche de madame Lune? —preguntó Vilma.

—Si, mademoiselle, la última de las habitantes de ville l’Eternité.

Alex quiso saber:

—¿Se la llevaron a la ciudad?

—No, la enterraron aquí mismo. Buen viaje.

El ruidoso velomotor se alejó. La pareja quedó sola en aquel lugar en que oscurecía rápidamente.

CAPITULO V

Las oficinas le parecieron confortables a Alex Shartte, aunque la temperatura ambiente estaba demasiado alta. Nada allí era nuevo ni funcional.

Había grandes sillones y butacas tapizadas en terciopelo rojo, pesados cortinajes y marcos recargados. El rojo y el negro eran los colores dominantes; también había marrones oscuros y pardos.

Los óleos que colgaban de las paredes eran muy os euros, brillaban y resultaba difícil ver qué representaban.

Las oficinas de Immortalité, S.A. se ubicaban en un edificio antiguo pero que imponía. Sus techos eran altos y sus puertas, inmensas. Olía a historia. Meterse allí era como traspasar la frontera del tiempo y sumergirse en el pasado. Bastaría con que Alex Shartte se despojara de sus ropas para que desapareciera todo vestigio de contemporaneidad en aquel lugar.

—Bien venido —le dijo una mujer alta y pelirroja. Vestía una túnica roja hasta los pies, con los hombros desnudos pese a hallarse en invierno, pero la calefacción (que Alex no sabía de dónde procedía) le permitía ir muy ligera de ropa, pues se adivinaba que bajo la túnica palpitaba un cuerpo bien proporcionado, provocativo y excitante.

Era una mujer joven, aunque podía rondar los treinta, tenía desparpajo y unos ojos grandes que semejaban despedir fuego y sensualidad; su boca podía calificarse de descarada.

Llevaba joyas en sus dedos, en los brazos, entre los cabellos y hasta en los dedos de los pies, como si fuera una princesa babilónica, pero no usaba reloj; era como si para ella el tiempo no existiera.

Alex observó que, de la cadena que rodeaba su cuello, colgaba una extraña joya, una especie de media luna con las puntas hacia arriba semejando como dos finos cuernos unidas por su centro.

En ella estaban engarzados rubíes y Alex pensó que debían ser de imitación, pues auténticos habrían costado una fortuna. Aquella joven ya reposaba sobre los abultados senos apenas ocultos, pues según los movimientos que hacía, mostraba parte de sus grandes pezones pletóricos de color, como si se los hubiera maquillado en brillante color cereza fuerte...

—Preciosos —opinó Alex.

Ella, que había seguido la dirección de la mirada masculina, musitó;

—A su disposición, monsieur.

—Quería alquilar una de las casas de villa L'Eternité.

—¿Para el verano, monsieur? —preguntó insinuante con voz ronca y sensual mientras se movía ondulando ligeramente su bello cuerpo.

—La quiero para ir cuando desee, no importa los días.

—Es una localidad residencial, sólo para días festivos o tiempo vacacional.

—No quiero ir al mismo tiempo que los demás.

—¿Qué profesión tiene usted, monsieur?

—Pintor.

—Es una hermosa profesión, monsieur. Tendrá que hablar con mademoiselle Maggie.

—¿Es la gerente de la compañía?

—No, es la secretaria, pero se encarga de todos estos asuntos; yo sólo soy la recepcionista.

Alex aguardó en la amplia sala carente de ventanas al exterior.

Entonces se fijó en un gran lienzo que ocupaba la pared principal, era un lienzo antiguo. Representaba el claro de un bosque en mitad de la noche, una hoguera chisporroteaba hacia el ciclo en el que no había estrellas.

Pudo ver la media luna pero colocada con las puntas hacia arriba, lo que no era lógico. En torno a la hoguera danzaban hermosas ninfas desnudas, de largos cabellos de los más variados colores.

Sobre sus cabezas, todas lucían pequeñas medias lunas. Alex hubiera jurado que aquellas bailarinas tenían vida, que no eran simples pinturas y, fijándose en el rostro de una de ellas, reconoció a la recepcionista, que parecía estar vigilándole.

Fue una sensación inquietante; ni los mejores maestros de la historia de la pintura habían conseguido pintar con tanto realismo.

También vio lo que en un primer vistazo no había descubierto; dentro de la hoguera, en torno a la cual danzaban las ninfas, había un hombre y una mujer, igualmente desnudos, haciendo el amor. Apenas podían verse, sus contornos se confundían con las llamas, pero Alex, con su mirada de profesional, los había descubierto, como también descubrió, en la zona no iluminada por la hoguera y lejos de las ninfas, cadáveres descamados, algunos en corrupción.

—¿Le gusta?

La voz profunda y caliente le sorprendió.

—Ah, es usted. Estaba contemplando este lienzo.

—Como es pintor, sabrá apreciarlo mejor que nadie.

—¿De quién es la firma? No la veo.

—Creo que es anónimo.

—Esa mujer que está ahí es usted, ¿verdad?

Ella lo miró con ojos ingenuos.

—Sí, dicen que se me parece, pero no puede ser, este óleo es muy antiguo.

Alex volvió a mirar el rostro de la ninfa que danzaba junto con las demás alrededor de la hoguera donde dos seres se amaban.

—Juraría que es el mismo rostro —insistió.

—Casualidad. Sígame, mademoiselle Maggie le espera.

La secretaria de dirección estaba en una estancia débilmente iluminada, inadecuada para escribir. A la vista no había nada moderno, ni siquiera un teléfono; tampoco era demasiado extraño que no tuviera un teléfono visible, había residencias elegantes que preferían ocultar el teléfono dentro de un mueble por considerarlo antiestético.

Aquella mujer también vestía una túnica roja con los hombros al

descubierto y un larguísimo escote en punta que le llegaba casi hasta el vientre...

Y sobre sus destacadas mamas estaba el colgante de la media luna con las puntas hacia arriba. Aquella mujer también era joven y hermosa, de ojos calientes. Toda ella transpiraba sensualidad, calor. Sus cabellos, como sus ojos, eran negros, abundantes, turbadores incluso para el hombre que pudiera admirarlos.

—¿Es usted pintor?

—Sí, y profesor de dibujo.

—¿Y dice que quiere una casa en villa L'Eternité?

—Sí, creo que es un sitio muy tranquilo para poder pintar a gusto.

—Bien, podríamos cederle una casa por un año. Ya sabrá que las casas no se venden, se alquilan por temporadas.

—Sí, ya lo sé.

—Le podemos ceder una casa por un año a cambio de algo que puede darnos.

—¿Yo? Si es mucho dinero no podré aceptar, mi firma aún no se cotiza. Pinto por placer, a lo sumo vendo algunos óleos.

—A cambio puede pintarnos un cuadro grande, un óleo que represente villa L'Eternité.

—Me parece bien. ¿Grande, dice?

—De unos seis metros cuadrados, más o menos. A cambio tendrá casa gratis durante un año.

—Es un cuadro grande —opinó Alex.

—La tela la encontrará en villa L’Eternité.

—Ya llevaré yo las pinturas necesarias.

—Imagino que usted tratará de hacerlo a su manera, con su óptica particular, pero tendrá que ajustarse a las indicaciones que se le hagan.

—No me gusta someterme a ideas ajenas.

—Es un encargo, un cuadro que deseamos que tenga unas determinadas características. Deberá causar sensación entre nuestros futuros clientes.

—Comprendo. ¿Y dónde lo colocarán?

—No está decidido aún.

—¿Quién lo va a decidir? ¿Usted?

—No, nuestra directora gerente.

—¿También es una mujer? —Alex no disimuló su asombro.

—Sí, ¿por qué?

—No sé. Todas son mujeres, es un poco extraño.

—No ha de ser extraño. En este mundo y en el otro, somos tantas mujeres como hombres y, ¿no hay muchos hombres que componen la plantilla completa de una compañía, asociación o fundación?

—Sí, pero...

—¿Nos tiene miedo, monsieur? —preguntó, irónica.

—Hay ocasiones en que yo mismo me hago esa pregunta. Las mujeres

suelen ser desconcertantes para la mentalidad masculina.

—Usted, monsieur, parece un hombre que sabe gozar del placer de la comunicación con una mujer hermosa.

Alex se dijo que aquella mujer, la secretaria de la compañía Immortalité, S. A., provocaba deseo. Sí, tenía deseos de acercarse a ella, de tocarla, de acariciar la, de besarla, de filtrar sus manos por entre el provocativo escote de su túnica. Y por su mirada burlona, ella parecía estar adivinando cuáles eran los pensamientos del hombre.

—Soy un hombre y no tengo por qué renegar de mis instintos naturales y lo natural en un hombre es unirse con las mujeres.

—Menos mal que no ha dicho con una mujer —recalcó Maggie.

—Bueno, una sola mujer es lo mismo que decir «amar», pero amar con mayúscula; lo otro, es distinto.

—El placer es gozar.

—Sí, eso es.

Alex pensó que aquella sensual mujer se le estaba ofreciendo pero que, al mismo tiempo, se contenía como si no estuviera dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias.

—¿Cuándo irá a casa, monsieur?

—No sé, un día de estos.

Abrió un cajón y sacó dos llaves, una más grande que la otra.

—Con la pequeña abrirá el candado que cierra la cadena de entrada y con la otra llave, la puerta de la casa número tres.

Cogió las llaves al tiempo que preguntaba:

—¿Cuándo me dirán lo que desean respecto al cuadro?

—Pasaremos a verle.

—De acuerdo.

—Un momento —reclamó mademoiselle Maggie.

Dejó que el rostro femenino se acercara al suyo y que los labios ardientes se acoplaran a su boca. La caricia labial le resultó enervante, convulsiva.

Sintió como si ella, de pronto, se convirtiera en una fiera que quisiera devorarle y fue presa de sus encantos, de su excitación. Pero, al apartarse de ella, tuvo como un sabor desagradable, algo que no sabía cómo describir pero que le inspiraba rechazo.

Abandonó el edificio descendiendo por una amplísima escalinata que iba de pared a pared cubierta con una gastada alfombra marrón oscuro. En las paredes había abundancia de espejos y metales muy brillantes.

—¿Seguirá siendo una pesadilla todo esto?

Hundió la diestra en el bolsillo de su gruesa chaqueta y notó las dos llaves que acababan de entregarle; luego no era un sueño.

CAPITULO VI

—¿Ha visto a la nueva modelo, profesor? —le comentó uno de los alumnos, el que tenía más edad, con más canas en su bigote y en sus cabellos que pelos oscuros.

—No. no la he visto.

—Suple a Ondine.

—Hay varias modelos, chicas para este trabajo no faltan y además, son buenas.

—Me temo que usted no las mira como a modelos —reprochó Alex, un tanto irónico, al veterano alumno que le doblaba a él la edad.

Alex no intervenía en absoluto en la elección de modelos aunque, como profesor, solía hacerse amigo de ellas. Por otra parte, tampoco los modelos eran siempre seres humanos.

Alex había estado ausente de la escuela y en ella habían comprendido bien sus causas, el accidente de automóvil y la muerte de Brigitte. Por otra parte, en el Lycée du Loire pagaban muy poco y a un profesor que cobraba poco se le podía exigir demasiado pues se corría el riesgo de que se marchara.

Apareció la modelo que se dirigió a la plataforma; iba envuelta en la bata oscura y Alex se la quedó mirando fijamente.

—Geraldine.

Ella le sonrió con cierta tristeza.

Geraldine había sido una de las alumnas preferidas de Alex, la más joven. Incluso, había llegado a darse cuenta de que ella le amaba y Alex, por ser profesor, habla cortado la incipiente relación; por un lado, la consideraba inadecuada y por otro, estaba Brigitte, su novia.

—¿Cómo me coloco, profesor?

—Geraldine, ¿cómo tú de modelo? Creí que estarías pintando.

—Soy demasiado joven para exponer en galerías y además somos demasiados pintores buscando el éxito. He comprendido a tiempo que jamás conseguirla el triunfo.

—El triunfo es para los genios y para los marchantes, pero se puede ser un buen pintor o pintora y sentirse realizado.

—Se sale más aprisa adelante en la vida trabajando como modelo, modelo para pintores, escultores, fotógrafos, alta costura. Se buscan chicas jóvenes, altas y bien formadas y parece que yo lo soy.

—Pero tú tienes talento, Geraldine.

—¿Insinúa que las modelos no lo tienen? —preguntó con una ironía triste.

—No he dicho eso, simplemente que tú tienes valores artísticos.

—Para ser modelo también hay que ser artista y se gana dinero más rápidamente.

—Y luego te habitúas a ganar dinero y dejas de ser modelo.

—¿Terminaré en prostituta, profesor? —inquirió, ahora desafiante.

—Es tu vida. Geraldine. Eres muy joven, pero insisto en que tienes talento para conseguir un puesto importante.

—¿Cómo me pongo, profesor?

—Como prefieras, tú eres artista.

Se quitó la bata con todos los ojos centrados en ella. Su desnudez apareció hermosa, limpia. Su piel era blanca y su cabello, castaño rojizo, le caía sobre la espalda.

La muchacha se medio arrodilló apoyando la cabeza sobre la palma de la mano izquierda mientras el codo casi se apoyaba sobre la rodilla.

—Está muy bien —opinó uno de alumnos.

—Basta, esto es una clase de dibujo y no un local de strip-tease, de modo que a dibujar y basta de charlas —cortó Alex, molesto.

—Es que la chica está muy buena —insistió el que acababa de hablar.

—Coja sus cosas y abandone la ciase por esta noche.

—¿Cómo? —preguntó el alumno, sorprendido.

—Ya que no ha querido respetar mi orden anterior, coja sus cosas y márchese por esta noche —repitió.

—Está bien, pero me quejaré a la dirección.

—Haga lo que mejor le venga en gana.

Ante el silencio de todos, el alumno abandonó el aula.

Geraldine no dijo nada; mantuvo su pose de rostro triste, de amante que espera.

La clase prosiguió en silencio; todos se habían dado cuenta del mal humor del profesor Shartte. Este fue haciendo indicaciones sobre los dibujos de sus alumnos y nadie se atrevió a gastar bromas sobre la joven modelo que antes había sido alumna en aquella misma aula.

El propio Alex cubrió el cuerpo desnudo al concluir el tiempo de clase.

—¿Has pasado frío?

—No, no lo he notado, hay buena calefacción.

La aguardó a la salida y en tono de pregunta le dijo:

—¿Quieres que tomemos un café o cualquier otra cosa juntos?

—¿Cómo profesor ya no le importa salir conmigo? —preguntó Geraldine con un brillo sarcástico en sus ojos.

—Llámame Alex, tú ya no eres la alumna sino una modelo.

—Claro, una modelo. Todos los pintores dicen que os ligáis a las modelos.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías. Sé que un día u otro me acostaré con un hombre o con varios, quizá con los pintores, los escultores o los fotógrafos.

—¿Por qué hablas en esa forma?

—¿Te molesta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eres muy joven.

—No soy ninguna niña, ya he tenido experiencias de cama —le dijo

mirándole escrutador, como para buscar sus reacciones.

—Eso no es ninguna novedad entre las chicas jóvenes y menos ahora que los tabúes han sido barridos.

—Y que las mujeres somos más libres, más independientes.

—Ya.

—Supe que Brigitte había muerto.

—Sí.

—Y Ondine también.

—Prefiero no hablar de ello. Nada puedo hacer y me trae recuerdos que me deprimen.

—Comprendo; claro que un hombre como tú nunca está solo, ya sabes, me refiero a chicas...

—Anda, pasa —le dijo sin responderle y entrando en la cafetería.

La vieja madame le recibió con los brazos abiertos.

—¡Shartte, profesor Shartte! ¡Mi querido Alex, venga a mis brazos!

—Está muy efusiva esta noche, madame.

—Su pintura es un éxito, la más admirada de todas.

Alex intentó protestar pero la madame de los cabellos de paja sucia prosiguió:

—Es el mejor óleo que ha llegado hasta aquí y ya han querido comprármelo. Todos aseguran que es el cuadro con más realismo que han visto.

—Debo ser un decadente —rezongó Alex—, Ni siquiera está ya de moda el surrealismo.

—Volvemos a un nuevo realismo y usted ha pintado la mejor de las pinturas.

—¿A qué cuadro se refiere? —preguntó Geraldine, interesada.

—A ése, muchachita, a ése de la mujer con cuernos de luna.

Geraldine contempló el lienzo con verdadera admiración.

—Alex, qué maravilla. Este cuadro es mejor de lo que podía suponer, es genial.

Alex cayó entonces en la media luna y recordó aquel símbolo sobre las cabezas de las ninfas que aparecían en el óleo de la compañía que alquilaba las casas de villa L'Eternité.

También aquella media luna, con las puntas hacia arriba y no de lado ni inclinadas, sino que ambas formaban como dos cuernos, estaban en los colgantes de la recepcionista y la secretaria con las que hablara.

La madame se mostró muy obsequiosa con la pareja recién llegada; se la veía contenta. Sentados ya en una mesa, en un rincón discreto, Geraldine preguntó interesada:

—¿Quién es esa modelo tan, tan...?

—¿Sensual?

—Sí.

—No lo sé.

—¿No lo sabes y la pintaste tú? ¿Acaso la contrataste por teléfono?
—La he visto dos veces y te confesaré algo que aquí no saben.
—Te escucho, Alex.
—Ese cuadro no lo he pintado yo, no tengo tanto arte y te diré más: me hubiera dado miedo pintarlo.
—¿Por qué?
—Es demasiado real. Hubiera temido que esa mujer saliera del cuadro; parece poseer vida propia. No me gustaría tenerla en mi apartamento, no podría dormir.
—¿Temerías la sensualidad de una mujer?
—Aparte de sensualidad, tiene algo más, no sé qué es pero noto que es maligno. Desde que la conocí a ella, murieron Brigitte y Ondine. No puedo decir que haya una unión entre ambas muertes y esa mujer, pero es como si trajera mala suerte.
—¿Y de veras no lo has pintado tú? —insistió Geraldine.
—No.
—Sin embargo, lleva tu firma, yo la conozco.
—Esa firma no la he puesto yo.
—¿Quién, entonces?
—Ella.
—¿Ella, seguro?,—preguntó Geraldine, volviendo a dar una ojeada al cuadro colgado entre dos espejos detrás de la barra, ocupando un lugar preeminente sobre los demás dibujos y óleos.
—¿Ella es pintora?
—No lo sé, pero ella o una amiga suya trajo el cuadro aquí diciendo que era mío. Por lo visto, conocía las costumbres que tenemos con esta cafetería los que salimos del Lycée du Loire.
—Es muy misterioso todo lo que cuentas.
—Lo sé, pero acabaré encontrándola.
—¿Te refieres a la mujer del cuadro?
—Sí.
—Es muy hermosa. ¿Te has enamorado de ella?
—No.
—Qué raro, pienso que ha de ser difícil que ningún hombre se resista a sus encantos.
—Ese es otro asunto. Admito que provoca sensualidad, pero estoy seguro de que no la amaría jamás. Amarla sería como quemarse en el deseo.
Al pronunciar aquellas palabras, recordó de súbito el cuadro que viera en los locales de la compartía que arrendaba las casas de villa L'Eternité, aquel cuadro en el cual las ninfas danzaban alrededor del fuego en el que parecía haber un hombre y una mujer amándose.
—¿Y no mensas decir que ese cuadro es falso, que esa firma no la has puesto tu?
—Sí, lo diré. En realidad, ya traté de aclararlo, pero la madame estaba tan

contenta que no me escuchó.

—Tendrás que decírselo. Si algún marchante lo ve va a encargar muchos más, incluso copias de ese mismo, porque van a ser muchos los hombres que lo compren para llevarlo a sus casas, aunque tú digas que no dormirías tranquilo.

—Se lo pienso decir, no quiero arrogarme una obra que no es mía, una obra de arte que yo jamás llegaré a crear.

—¿Tan malo te consideras?

—No, eso no. pero tampoco soy tan bueno ni tan realista.

—Yo no me parezco a ella.

—Por suerte para ti.

—¿Por suerte? Me gustaría tener el atractivo que ella posee; todos los hombres me rodearían. Esa mujer conseguirá lo que se proponga: ser miss Mundo, la mejor modelo, hasta la actriz de cine más cotizada aunque no sepa actuar.

—Es posible que consiguieras todo eso, pero esa mujer tiene algo más, algo que no es bueno.

—Bah, quizás estás molesto porque ella ha pintado el cuadro y no tú.

—¿Y cómo sabes que ha sido ella y no otro?

—Porque lo has dicho tú, Alex. ¿No lo recuerdas?

—Sí, es cierto. ¿Por qué no dejamos de hablar de ella? ¿Dónde vives?

—En una pensión de mala muerte, compartiendo la habitación con dos chicas más. Espero ganar pronto dinero como modelo, ya que pintando solo llegaría a sor exponente máximo de la línea esquelética.

—Si necesitas algo de dinero...

—No, no es eso. Yo no quiero dinero para pasar una noche o una semana; quiero ganar dinero para tener un rincón decente y estoy segura de que lo conseguiré.

—Tampoco es fácil el camino que has elegido. Muchas caen del lado de la prostitución. Al principio son regalos, pero terminan en Montmartre o en Pigalle bajo la dictadura de un chulo y esperando a los que quieren gastarse algo de la paga el sábado.

—Antes de que me ocurra eso, subiré a lo alto de la torre Eiffel y volaré; será mi último vuelo.

—No digas tonterías; han puesto alambradas para que nadie pueda volar.

—Siempre hay algún lugar para filtrarse.

Alex se la quedó mirando, le alzó ligeramente la cabeza y le dio un beso en la frente.

A la jovencísima modelo no pareció gustarle aquel beso tan fraternal y antes de que Alex pudiera impedir lo, ella le besó en los labios.

Alex aguantó el beso; era un beso de entrega, un beso de hembra joven y con un perfume a gozo que le enervó. Era la pureza en forma de caricia labial.

—¿Nos vamos de aquí, Alex?

—¿Adónde quieres que vayamos?


—A tu apartamento.

CAPITULO VII

—Le compro el cuadro.

La madame estaba cansada, era la última hora de la madrugada.

—¿Qué dice?

—Que le compro el cuadro, el de la mujer de los cuernos de luna.

La vieja propietaria de la cafetería que se hallaba frente al Lycée du Loire sacudió la cabeza y, como si sus cabellos se hubieran cansado ya de aguantar, perdieron su uniformidad.

Sus ojeras semejaron descolgarse y acentuarse de color; era como si, en breves segundos, los años que habla estado ocultando durante horas frente a sus clientes, se pusieran de manifiesto.

—No está en venta. Ningún cuadro o dibujo de esta cafetería está en venia.

—Madame, ¿sabe quién soy yo?

Ella notó entonces su acento inglés, extraño.

—No, no sé quién es usted.

—Soy un marchante de New York.

—¿De New York, americano?

—Sí. No he nacido en New York, pero como si lo fuera.

—Creo haberle visto alguna vez por acá...

—Cuando vengo a Europa, paso por este local. Sé que aquí acuden buenos pintores noveles que hay que descubrir.

La madame se sentó frente a él.

El establecimiento estaba casi vacío; sólo quedaban dos parejas, solitarias entre sí y somnolientas, también algo bebidas.

—Si viene por aquí sabrá que nos se vende lo que regalan los pintores.

—Pueden hacerse excepciones.

—No hay excepciones.

—Pagaría bien.

—Bah, los americanos queriendo conseguirlo siempre todo a golpe de dólar y botellazo de coca-cola...

—Ese pintor, el autor de este óleo, es un genio.

—Es un profesor del Lycée du Loire.

—Me lo han contado.

—Si quiere un cuadro suyo, pídaselo a él.

—Soy un experto, en pintura y sé que hay obras irrepetibles. Ese cuadro, dentro de algunos años, puede tener un valor muy especial que superará a las otras obras que haga ese magnífico pintor que es el profesor Shartte.

—Mejor para mí, no lo vendo.

—Quizá le vengan bien algunos dólares...

—No insista, no lo vendo. Sé que es el mejor óleo que tengo, el que llama más la atención.

—He hecho algunas preguntas.

—¿Y...?

—Se comenta que, pese a la gente que viene por aquí, tiene usted problemas económicos.

—Malas lenguas; siempre hay resentidos que hablan con malas intenciones.

—Sus clientes no son como los de pubs o discotecas de moda; aquí gastan poco, café, un coñac, un vaso de leche, la mayoría son miserables.

—No ofendas a mis clientes.

—Mil dólares.

—¿Qué dice?

—Mil dólares por el cuadro. ¿Sabe cuánto es eso en francos?

—Ejem, sé lo que es, pero ni hablar.

—Eso le ayudaría a respirar un poco, sé que tiene deudas. Aumentan los impuestos, la inflación, suben los precios de todo cuanto compra y además usted es propiciaría de la cafetería, pero no del local y sé que le están pidiendo más por el arrendamiento.

—Infamias, este local es mío.

—Es de un cuñado suyo.

—Era de mi hermana: lo heredamos ella y yo de mis abuelos.

—Pero, su hermana murió y el heredero legal fue su cuñado que ahora, al parecer, no se contenta con poco.

—¿Cómo ha sabido todo eso?

—Cuando algo me interesa, lo consigo por los medios que sean. Le ofrezco dos mil dólares.

—No, ni aunque lo subiera...

—¿Hasta cuánto?

—Cinco mil —dijo ella, notando que se le resecaba el paladar.

—¿Eso es lo que le va a hacer falta para su cuñado?

—Eso es asunto mío. ¿Paga cinco mil por el cuadro de un desconocido?

—¿No decía que era su mejor óleo?

—Lo es, pero en el mundo de la pintura, el profesor Shartte es un desconocido. Soy vieja pero no idiota todavía.

—Es cierto, no es nadie aún, pero puede llegar a serlo.

—¿Y si no ocurre así?

—Siempre puedo decir que es una obra genial anónima. —El americano suspiró—. No obstante, hay que admitir que cinco mil dólares como inversión a largo plazo c incierta es demasiado.

—Por menos no la vendo.

—De acuerdo. Mañana por la mañana vendré con un abogado.

—¿Un abogado? —repitió, recelosa.

—Sí, me gusta hacer bien las cosas para que luego no haya malos entendidos.

—Está bien, mañana por la mañana. ¿Quiere una copita de champaña, míster? Champaña francés...

—Mañana, cuando cerremos el trato.

El marchante americano abandonó la cafetería y la madame respiró hondo. Luego, se dirigió a las parejas.

—Vamos, chicos, a casa, voy a cerrar.

Remolones, abandonaremos el local y también lo hicieron los dos empleados. La madame se quedó sola.

—Buenas noches, madame, buenas noches —le dijeron.

Ella tenía su habitación en un altillo sobre la propia cafetería que rara vez abandonaba; aquél era su mundo.

—Cinco mil dólares por un óleo que me han regalado, no está mal, nada mal. Es como una traición, pero ¿qué le vamos a hacer? Es la vida. ¿Qué le diré al profesor Shartte? Ya se me ocurrirá algo: ahora hay que brindar por el negocio.

Tomó la botella de pernod y se escanció un doble que bebió sin pestañear.

—Ajá, esto está bien para conciliar un buen sueño... —se encaró con el cuadro y le habló con su voz casca da—. Buenas noches, mi querida zorra. Me siento como tu alcahueta, te he vendido a un chulo de la pintura, al que prostituye a los pintores, al que más beneficios saca sin necesidad de saber pintar... Bueno, todas las zorras no lo pasáis mal, las hay de lujo y de las otras. Tú vas a ser de las de lujo, pasarás a una pinacoteca privada y quién sabe si con el tiempo irás a uno de los museos más famosos del mundo.

Subió pesadamente la escalera de madera a la que se accedía por un corredor que había tras la puerta que daba al mostrador.

Después de desnudarse, se puso un camisón de franela y se acostó.

El sueño acudió a ella con rapidez; se sentía cansada pero tranquila: su oculto problema económico iba a resolverse.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida cuando se sumergió en una desasosegante pesadilla.

Se vio perdida corriendo por las solitarias calles de la ciudad, casi a oscuras, y unos seres alargados y negros que no lograba ver con claridad la seguían, la acosaban lanzando chillidos espeluznantes.

—¡No, no!

Corría por calles y callejones y aquellos seres alados se le acercaban volando por encima, por delante, por la espalda, mostrándole garras que trataban de clavar en ella y que rozaban sus cabellos.

Tropezó con algo que no supo qué era y cayó al suelo.

—¡No, no!

Abrió los ojos.

La alcoba tenía siempre una pequeña luz piloto encendida; no le agradaba la oscuridad total, jamás le había gustado.

Sudaba y se dijo que había bebido demasiado, quizá por la emoción de poder solventar el problema económico que tenía con su cuñado, su odiado cuñado, más viejo que ella pero que no parecía dispuesto a morirse jamás.

Unos golpes la sorprendieron; eran golpes fuertes, de cristales que se

rompían.

—¿Qué es eso? —se preguntó, frotándose los ojos para asegurarse de que estaba despierta.

Los golpes continuaron.

—Ladrones...

Se volcó hacia el teléfono y lo descolgó para llamar a la policía, pero el teléfono no hacía ruido. La madame golpeó varias veces el aparato, pero la línea no llegaba.

—No hay línea. Yo pago, yo pago...

Oyó una risa lejana, era una risa de mujer, no había duda.

—¿Quedaría alguien abajo?

Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó de ella un revólver que empuñó decidida; sin embargo, su mano tembló.

Abandonó la cama despacio, dispuesta a hacer frente a lo que fuera.

Descendió los peldaños uno a uno hasta llegar a la puerta que daba al mostrador.

El ruido le pareció entonces espantoso. Tenía que haber muchas botellas rotas, incluso oía el chorrear de algo, no sabía qué.

Abrió la puerta y la risa femenina llegó más clara e hiriente a sus oídos, pero no veía a nadie, absolutamente a nadie. El ruido de botellas rotas cesó, pero no las carcajadas.

—¡Manos arriba! —exclamó, armándose de valor al pensar que sólo se trataba de una mujer que podía estar borracha.

Desde donde estaba había podido ver que la puerta del local seguía cerrada, incluso con la persiana metálica exterior.

Descubrió con horror que el suelo estaba empapado de licores, lleno de botellas rotas, botellas que habían sido lanzadas desde los anaqueles donde tanto tiempo estuvieran depositadas.

—¡Manos arriba! —gritó de nuevo, sin ver a nadie, sin saber hacia dónde apuntar.

El orificio oscuro del cañón de su revólver giró trescientos sesenta gradas.

La risa sonó cercana, insultante.

La madame, romo enloquecida, buscó a quien dejaba escapar aquella risa y sus ojos fatigados, somnolientos, se encontraron con el cuadro de la Venus de cuernos de luna.

—No puede ser, no puede ser... Ella no ríe, ella no ríe...

Pero el rostro de la mujer del cuadro si parecía reír y las carcajadas retumbaban en todo el local. No podía aceptar que la figura del cuadro hubiese cobrado vida.

De pronto, se produjo un chisporroteo. El enchufe del frigorífico parecía mal colocado, la toma de tierra no funcionaba y el motor acababa de ponerse en marcha, succionando electricidad de la red.

Saltaron chispas y éstas prendieron en la madera y en el suelo empapado de licores de alta graduación alcohólica.

—¡No, no. no!

La anciana retrocedió viendo cómo el fuego se extendía como un mar de llamas.

Corrió hacia la puerta, pero el fuego le cortó el paso y retrocedió horrorizada, viéndose rodeada de llamas, mientras la figura del cuadro reía y reía. Era la suya una carcajada infernal, diabólica. Sus ojos eran pura malignidad.

—¡Zorra, zorra, has sido tú, has sido tú! —gritó al cuadro y comenzó a dispararle.

Las detonaciones sonaron seguidas.

Los plomos perforaron el lienzo que había cobrado vida mientras el fuego rodeaba a la vieja y prendía en su camisón, convirtiéndola en una pira humana.

Ya sin balas en su revólver, chilló presa del terrible dolor que el fuego causaba en sus ajadas carnes y corrió de un lado a otro del local, envuelta en llamas, propagándolas sin dejar de chillar como una bestia agonizante, mientras la Venus de los cuernos de luna seguía riendo con el cuerpo lleno de orificios.

Cuando golpearon a la persiana metálica que cerraba la entrada de la cafetería, ya era tarde. El hierro ondulado quemaba y el fuego saltó por las ventanas hacia la noche, orgulloso de su imperio de devastación...

CAPITULO VIII

Geraldine se subió las solapas de su gabardina forrada con finísima piel de borreguillo blanco. Hacía frío, la humedad ambiental era fuerte y, sin embargo, no había llovido. Pero, más que frío, un calor de vida sonrosaba sus mejillas. Sonreía y sus ojos estaban más vivaces que nunca; era como si la vida hubiera penetrado en ella en la gran ciudad, las farolas se apagaba» y millares de viviendas debían oler a café en aquellos momentos.

—¡Geraldine!

Se quedó mirando a la mujer que le había salido al paso, embutida en un lujosísimo abrigo de piel de visón.

—¿Sí?

—Ven, te llevamos.

Geraldine parpadeó mirando el lujoso automóvil dentro del cual había otras dos mujeres, una de ellas al volante.

—¿No se confunden?

Había duda en su pregunta.

—No. Tú eres la amiga de Alex Shartte, ¿verdad?

—Si —de pronto, se fijó mejor en el rostro de aquella mujer—. Usted es la modelo del cuadro de la Venus de los cuernos de luna...

—Sí, yo soy. Anda, sube al coche, te llevaremos.

Geraldine se dejó guiar por la mano de aquella mujer que la invitó a subir al coche.

La desconocida que la había abordado se sentó a su lado mientras el vehículo arrancaba y se alejaba de la acera.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—Alex no tiene secretos para mí.

—Pues Alex dice que usted si tiene secretos para él.

—A Alex le gustan los misterios. Por cierto, éstas son mis amigas Maggie y Diana.

—Encantada.

Las aludidas sonrieron.

—Geraldine, eres hermosa pero muy joven.

—Sí muy joven, tengo mucha vida por delante, pero ustedes...

—Por favor, tutéanos.

—Bien, vosotras también sois jóvenes.

—No tanto como tú. ¿Verdad, chicas?

Soltaron burlonas carcajadas.

—Pues yo no os veo viejas.

—Si te dijéramos los años que tenemos, te asustarías —le dijo Diana.

—Dejemos eso —cortó la mujer que en la noche del atropello fuera recogida por Alex en la carretera, bajo un diluvio—. No tienes trabajo, ¿verdad? —preguntó.

—Soy modelo.
—Sé que eres modelo, Geraldine, pero eso no te da mucho dinero.
—Es cierto, no pagan demasiado.
—Y a ti te gustaría triunfar.
—Claro.
—Toca la piel de mi abrigo, tócala. Es suave, ¿eh?
—Una maravilla. Es visión, ¿verdad?
—Sí.
—Yo no creo que consiga jamás un abrigo como ése.
—Depende de ti.
—Si vas a hablarme de prostitución, es inútil; nunca seré una furcia.
—¿Quién te ha dicho tal cosa?
—Tampoco venderé drogas.
—Naturalmente que no.
—¿Entonces? —preguntó, desconcertada.
—De modelo te parece bien, ¿no?
—Sí, claro.
—Nosotras podemos introducirte en ciertos ambientes donde te pagarán como mereces. También pintas, ¿no es así?
—Algo.
—Magnífico, verás como todo te va bien a partir de ahora.
—En realidad, ¿quién eres tú?
—¿Yo?
—Sí, tú.
—Madame Lune.
—¿Madame Lune? Vaya nombre y no pareces tan mayor como para ser madame.
—Pues lo soy, querida, lo soy.
—¿Y serás rica, claro?
—No me quejo, tengo una villa vacacional donde se alquilan casas.
—Ah, sí, Alex me habló d ello, creo que le han prestado una de esas casas por un año.
—Exacto. Vas a darle una sorpresa a Alex.
—¿Una sorpresa?
—Sí, la casa que le dejamos a él a cambio de que pinte un cuadro para la compañía podrás utilizarla tú también.
—¿Yo? Eso queda lejos de la ciudad, no?
—Un poco, pero es un sitio magnifico, te encantará.
—¿Vamos a ir ahora?
—Sí. ¿Te importa?
—Pues...
—Luego te volveremos a la ciudad; nos ayudarás a elegir la mejor perspectiva para que Alex pinte. Ya le hemos dicho que tendrá que atender nuestras sugerencias, será un cuadro reclamo para los que deseen alquilar una

de las casas de la villa.

—Si sólo es eso...

El lujoso automóvil se alejó de la ciudad. Geraldine trató de ver las señalizaciones de la carretera, pero no lo consiguió y, por si faltara poco, comenzó a lloviznar.

—Será un mal día para ver la villa vacacional —opinó Geraldine.

—A lo mejor, cuando lleguemos allí el tiempo es bueno y no llueve.

—Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta indiscreta?

—¿Indiscreta, tú? —Madame Lune se echó a reír; era la más bella de las tres mujeres del coche, dejando aparte a Geraldine que era aleo muy distinto, ya que no poseía la cálida sensualidad de ellas.

—¿Fue usted quien pintó el cuadro de la cafetería?

—¿Yo?

—Alex afirma que no fue él.

—Fue una broma que le gastó a Alex; lo pintó un amigo mío.

—¿Y firmó con el nombre de Shartte?

—Sí, ya te he dicho que fue una broma.

—Qué extraña broma...

—¿Por qué?

—Su amigo debe ser un genio de la pintura.

—Y lo es, no te quepa duda, un genio inmortal.

Las tres se rieron como si estuvieran hablando con una niña que no entendía nada.

Abandonaron la carretera para entrar en el camino de tierra que se adentraba en el bosque, sin ningún rótulo que lo advirtiera.

—Es muy umbrío todo esto, ¿no? —preguntó Geraldine.

—Es la abundancia de árboles —le respondieron— y el día nublado.

—Sigue lloviendo.

El automóvil se detuvo frente a la cadena que unía los dos grandes mojones de piedra.

La conductora se apeó. Con una llave quitó el can dado y la cadena cayó pesadamente sobre la tierra mojada. Regresó al coche y este volvió a arrancar hacia delante.

—Mira, esto es villa l'Eternité.

—No me gusta el nombre que tiene (*En Francia, familiarmente, Eternité significa el Más Allá*) —opinó Geraldine.

—También puede considerarse una villa eterna, pero de forma distinta.

—Yo le cambiaría el nombre —insistió Geraldine.

Madame Lune dijo:

—Lo pensaremos.

El automóvil no se detuvo en las casas de la villa, casas que tenían puertas y ventanas cerradas.

Geraldine esperaba que se detuvieran frente a una de aquellas casas, pero el lujoso automóvil pasó entre ellas sin detenerse y enfiló por un camino

ascendente bordeado por árboles frondosos.

Llegó frente a la entrada de un gran muro pétreo dentro del cual se hallaba una mansión muy antigua, levantada sobre los cimientos de otra casa aún más antigua, una edificación que debía perderse en la noche de los tiempos.

Sorpresivamente para Geraldine, el automóvil no hubo de detenerse, pues la puerta se abrió sola.

El coche se introdujo en la gran explanada frente a la casa que tenía un pequeño atrio, sostenido por dos cariátides que eran dos mujeres desnudas.

—Ahora no llueve, podemos bajar —dijo madame Lune.

Cuando hubo puesto el pie en el suelo, a Geraldine la mansión le pareció muy antigua, de ventanas terriblemente estrechas por las que no podía pasar un ser humano. Posiblemente estaban pensadas así para evitar asaltos.

Las paredes eran de piedra y de un grosor considerable.

Abrieron la puerta con tal facilidad que a Geraldine le pareció que no utilizaban llave.

—Pasa.

—¿Esta es la casa que le prestarán a Alex?

No obtuvo respuesta.

Una vaharada de olor desagradable, que no supo cómo calificar, se metió por sus fosas nasales e inundó sus pulmones. Deseó toser y no lo consiguió, tuvo una sensación de ahogo.

La luz era escasísima, ya que sólo había la que penetraba por las ventanas, estrechísimas y protegidas además por gruesos cristales emplomados de colores.

Cerraron la puerta y Maggie y Diana encendieron velas distribuidas por los rincones.

—¿No hay luz eléctrica? —se asombró Geraldine.

—No, la electricidad jamás ha llegado a esta residencia —respondió madame Lune—, pero es confortable.

—¿Confortable? Es fría.

—Ahora se encenderán los fuegos.

Se encendieron tres chimeneas que tenía la gran sala de aquella mansión, lo que sorprendió a la muchacha.

—A ver lo bella que eres —pidió madame Lune.

—¿Vendrá el pintor que realizó el óleo?

—Es posible. Mírame a los ojos.

—¿A los ojos?

—Sí, quiero verlos bien; los tienes muy hermosos.

Geraldine miró directamente a los ojos de la hermosa y sensual madame Lune, unos ojos que semejaron tornarse llamitas.

Geraldine tuvo vértigo, como si de pronto se hubiera asomado a un pozo muy profundo y perdiera el equilibrio. Se sintió caer en el pozo y no gritó. No se oía nada, caía, caía y al fondo había la más absoluta oscuridad.

—¿Diga?

CAPITULO IX

Sonó el teléfono, estridente y repetitivo. Alex estiró su brazo desnudo y lo descolgó.

—¿Diga?

—Alex.

—¿Quién llama?

—¿Tantas mujeres te telefonean que ya eres incapaz de reconocer a una?

—¿Vilma!

—Menos mal.

—Perdona, acabo de despertarme.

—Se nota.

—Si quieres, me doy un duchazo y luego te llamo.

—No, no hace falta. ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—Magnifico. Quería decirte que el psiquiatra puede recibirte si lo deseas.

—¿El psiquiatra?

—Sí. ¿No querías hablar con él?

—De ese tema preferiría tratar dentro de un rato, después de meter la cabeza bajo el agua para que se me despeje.

—Está bien, si no lo deseas... Como te vi tan interesado...

—Y con muchos problemas, claro.

—Eso dijiste.

—Has hecho bien en llamarme, pero deja que aclare mis ideas. A lo mejor, todavía estoy soñando y no es cierto que esté hablando contigo.

—¿Y cómo quieres que te hable para que sepas que estás despierto?

—Pellízcame.

—¿Por teléfono?

—¿lo ves? Estoy medio dormido.

—Ya, ya.

—¿Estarás en el centro clínico?

—Sí.

—Iré a verte y de paso saludaré al doctor; he nota do algunos dolores de espalda.

—Eso es normal y recuerda que te conviene mucho hacer footing.

—Prometo hacerlo y luego almorzamos juntos, ¿de acuerdo?

—Si llegas pronto, podrás ver al psiquiatra, si es que te interesa.

—Lo pensaré después de la ducha.

Alex Shartte se duchó y, una vez vestido, se dijo que tenía que desayunar algo, pero en su apartamento no había comida alguna. Decidió bajar a la calle, al bar donde solía desayunar estaba cerca; sólo tenía que cruzar la calzada.

—¿Monsieur Shartte?

Se detuvo para mirar la cara de aquel desconocido, un hombre de estatura

mediana, más bajo que él, con abrigo oscuro, sombrero y gafas de montura metálica.

—¿Si?

Se tocó el sombrero, alzándolo ligeramente.

—Me llamo Arnould.

—Muy bien.

—Mi nombre no le dice nada, pero soy marchante de pintura en New York. Paso mucho tiempo por Europa buscando obras de arte, pintores con posibilidades de ser genios.

—¿Y qué desea de mi?

—Usted es profesor del Lycée du Loire.

—Ajá —asintió, pese a que el tal Arnould había hablado en tono afirmativo, no de pregunta.

—Usted es un posible genio.

—Por favor, no me explique chistes de buena mañana, no tengo ganas de reír. Ahora iba a desayunar.

—Le acompaño.

—Como quiera.

Entraron en el bar y se sentaron ante una mesa. El hombre le escrutaba inquisitivo a través de sus gafas y Alex le dijo:

—Yo puedo presentarle a futuros buenos pintores.

—A mi me interesa el hombre que pintó la Venus de los cuernos de luna.

—Yaya con el cuadrito...

—Es el óleo con más expresividad que yo haya visto jamás.

—Sí, eso opinan todos.

—Quise comprarlo ayer noche.

—¿Ah, sí?

—Si

—¿Y qué le dijo la madame?

—Se opuso.

—No me extraña, no vende ninguno de los cuadros que le regalan.

—Pero iba mal de dinero y conseguí que me lo vendiera.

—Vaya. ¿Y por cuánto?

—Cinco mil dólares.

Alex silbó, admirativo.

—Buen precio para ser una firma desconocida.

—Lo malo es que no he conseguido la obra.

Se lo quedó mirando, interrumpiendo el desayuno.

—¿No acaba de decir que torció la voluntad de la madame con cinco mil dólares?

—Sí, pero el destino... —Sacó un periódico de su bolsillo—. Fíjese en esta noticia de alcance, dicen que en la próxima edición la ampliarán.

«LA CAFETERIA NUIT DES ARTISTES QUEMA DA

HASTA LOS CIMIENTOS. SE SUPONE QUE SU PROPIETARIA PERECIO EN EL ACCIDENTE»

—¡Dios! —exclamó Alex.

—He estado delante de las ruinas, humean todavía. Aquello es un montón de cascotes que ahora estarán removiendo para buscar el cadáver de la madame, seguramente carbonizado; y, por supuesto, del cuadro no hay ni rastro.

Alex Shartte tuvo la impresión de que una súbita hoguera torturante se inflamaba dentro de su cuerpo.

CAPITULO X

—Hombre, has venido —exclamó Vilma al ver a Alex en el gimnasio de recuperación física del centro clínico.

—Creo que sí voy a tener que ver al psiquiatra.

—¿Qué te sucede, Alex? Tienes mala cara.

—¿Te acuerdas del cuadro de la Venus de los cuernos de luna?

—¿El de la cafetería?

—Sí. La maldición de muerte contra las mujeres próximas a mí continúa.

—No te entiendo.

—La vieja madame ha muerto; la cafetería se ha incendiado.

—¿Piensas que el cuadro tiene algo que ver en el suceso?

—Jamás podría probarlo, pero a mí no me cabe ninguna duda.

—Si eso fuera cierto, sería un caso para poner más en manos de la policía que de un psiquiatra.

—¿Y qué podría contarle a la policía, que hay una maldición, la maldición de una mujer hermosa y desconocida para mí?

—Si se demuestra que ha tenido que ver con esas muertes...

—No creo que eso pudiera probarse jamás.

—Estás hablando como si esa mujer fuera algo distinto a nosotros, algo que no somos capaces de comprender.

—Exacto, eso es lo que me parece y sé dónde puede estar y no sólo ella si no que hay otras mujeres semejantes.

—¿En villa l'Eternité?

—Y también en sus oficinas.

—Y un psiquiatra, ¿qué crees que podría hacer en este caso?

—Me temo que nada. Quien me hace falta eres tú.

—¿Yo? —repitió perpleja.

—Sí, tú eres la seguridad.

—No te entiendo.

—Para mí, tú eres la realidad. Después del atropello de que(fui víctima, ya no sé si sufro alucinaciones o estoy viviendo realidades.

—Alex, Alex, estás viviendo la realidad. Dentro de una hora y media termino, ¿quieres que vayamos a ver la cafetería?

—Te lo agradecería, pero tengo miedo.

—¿De las alucinaciones?

—No, por ti.

—¿Por mí?

—Si estás cerca de mí, podrías ser una próxima víctima.

Vilma se rió, pero interrumpió su carcajada al ver que Alex se mostraba sombrío.

—¿De verdad crees que puede ocurrirme algo?

—Brigitte, Ondine, la madame y... —se golpeó la frente.

—¿Qué te pasa?

—Geraldine.

—¿Quién es Geraldine?

—La nueva modelo del Lycée du Loire, no había pensado en ella.

—¿Has tenido que ver con ella?

—Fue alumna mía, no quiso seguir adelante con la pintura. Peso a su extremada juventud, se había desengañado ya. Mientras a ti te pasa el tiempo aquí, iré a ver si está en alguna parte.

Se .separaron.

Vilma continuó con su labor dando ánimos a los pacientes que allí se recuperaban haciendo gimnasia en sus más variadas formas, buscando la fuerza de sus músculos o huesos atrofiados, la mayoría de las veces por accidentes y también por enfermedad.

Tras efectuar varias llamadas, todas infructuosas, Alex se refugió en la cafetería del centro clínico y Vilma se reunió con él lo más pronto que pudo.

—¿Has encontrado a la modelo Geraldine?

—No, nadie la ha visto.

—¿Crees que ha podido sucederle algo?

—Ya no sé qué pensar; Brigitte, Ondine, la madame...

—Vamos a ver la cafetería.

—Sí, será lo mejor.

Frente a las ruinas de la cafetería, había un retén de bomberos, hombres del servicio de desescombros y muchos curiosos.

Un perro de búsqueda ladró al tiempo que escarbaba con sus patas entre los cascotes quemados.

—Eh, miren ahí por si el perro ha encontrado algo —ordenó el jefe de policía.

Sacaron unos cascotes y un gendarme exclamó:

—Hay una mano humana.

El perro ladraba ahora furiosamente y su cuidador le dio una golosina para apaciguarle.

Quitaron más cascotes y una grúa levantó una viga medio carbonizada a la que estaba adherida parte de la techumbre derrumbada.

—¡Aquí, aquí!

La gente se estremeció

Mientras una camilla se acercaba al lugar para recoger los despojos humanos, todas los curiosos pudieron ver un cuerpo totalmente irreconocible. Estaba carbonizado en parte por el derrumbe de la techumbre.

El jefe de policía comentó:

—Parece que la mujer no estaba en su cama si no frente al mostrador; su posición está clara. Debió sufrir un ataque de locura y posiblemente ella misma prendió fuego al bar.

Mientras los curiosos volvían las cabezas, espeluznados ante el macabro hallazgo, una sábana cubrió el horror de la visión.

CAPITULO XI

—¿Qué opinas ahora?

Vilma admitió:

—Reconozco que existen demasiadas casualidades.

Alex Shartte conducía el automóvil sin prisas, con seguridad. Sus ojos reflejaban preocupación.

—Después de ver los restos de la madame, creo que no me hace falta ningún psiquiatra, lo que necesito es encontrar a esa desconocida.

Estacionó el coche frente a las oficinas de la Immortalité, S.A.

—Vamos.

Subieron las amplias escalinatas alfombradas del antiguo edificio alquilado por plantas.

Alex llamó a la puerta y no obtuvo respuesta alguna.

—Parece que no están —gruñó.

—¿Por qué piensas que las mujeres de esta compartía tiene que ver con la mujer que tú recogiste, con la mujer del cuadro?

—Porque llevan esa media luna consigo, porque poseen un gran cuadro con un significado parecido y su realismo sólo era comparable al que tema la madame en la cafetería, al que pusieron mi firma. El pintor, sin duda alguna, ha de ser el mismo.

—Pero, Alex, ¿de qué modo pueden haber intervenido ellas en las muertes y en el incendio?

—Lo ignoro, pero más tarde o más temprano lo averiguaré.

Cogió a Vilma de la mano y se la llevó, escaleras abajo.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A la villa l'Eternité.

—¿Crees que ellas están allí?

—Sí, claro que, pensándolo bien, es mejor que te quedes.

—¿Por qué cambias ahora de opinión?

—Hasta ahora, las víctimas han sido mujeres que han estado relacionadas conmigo de una forma u otra.

—Entonces, voy contigo.

—¿No tienes miedo?

—Ninguno, no creo en las maldiciones.

—Esas mujeres no parecen capaces de causar daño; son hermosas, sensuales, todas fuego, pero...

—Si sucede algo, tú me protegerás —dijo Vilma, convencida.

Regresaron al coche y con él abandonaron la ciudad.

Por la carretera hicieron alucinaciones sobre la personalidad de la Venus de los cuernos de luna y de las otras mujeres de la oficina sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria; estaban lejos, muy lejos de poder desvelar los

misterios de aquel desagradable asunto.

Salieron de la carretera para tomar el camino que llevaba a villa l’Eternité.

Al llegar a la cadena que unía los dos mojones de granito, vieron que estaba caída.

—Será que el guarda está ahí dentro.

—Mejor.

El vehículo reanudó la marcha hasta llegar a la plaza de la pequeña villa, con sólo unas pocas casas remozadas para que ofrecieran buen aspecto.

—No se ve el velomotor del guarda —observó Vilma.

—Estará dando vueltas por ahí, en cuanto vea mi coche se acercará, ya lo verás.

—¿Y qué hacemos?

—Primero, ver cuál es la casa que me han dejado.

—¿No sabes cuál es?

—No, pero la llave tiene una maderita con un número grabado.

—Parece que es el tres.

—Entonces, es la última, la que está en aquel camino.

—Sí, ya veo el número; veremos qué tal está.

La puerta cedió, la llave abrió la cerradura sin problemas.

—¡Qué oscuridad! —comentó Vilma.

—Hay que abrir ventanas.

—Huele a humedad.

Sí, falta aireación.

Abrieron las ventanas. Entró aire y luz, pero no en la cantidad que hubieran deseado.

—Es grande.

—Sí. ¿Adónde dará aquella puerta? —preguntó Alex.

Vilma empujó la puerta y tras observar la estancia dijo:

La cocina; es tan grande y oscura que más parece una sala de torturas.

—Subiré al piso.

—Te acompaño.

Ascendieron por una escalera con baranda de madera y peldaños de losetas rojas.

—Aquí están los dormitorios.

—¿Habrá camas?

—Varias, por lo menos cuatro o cinco, quién sabe si diez.

—Estas casas son enormes.

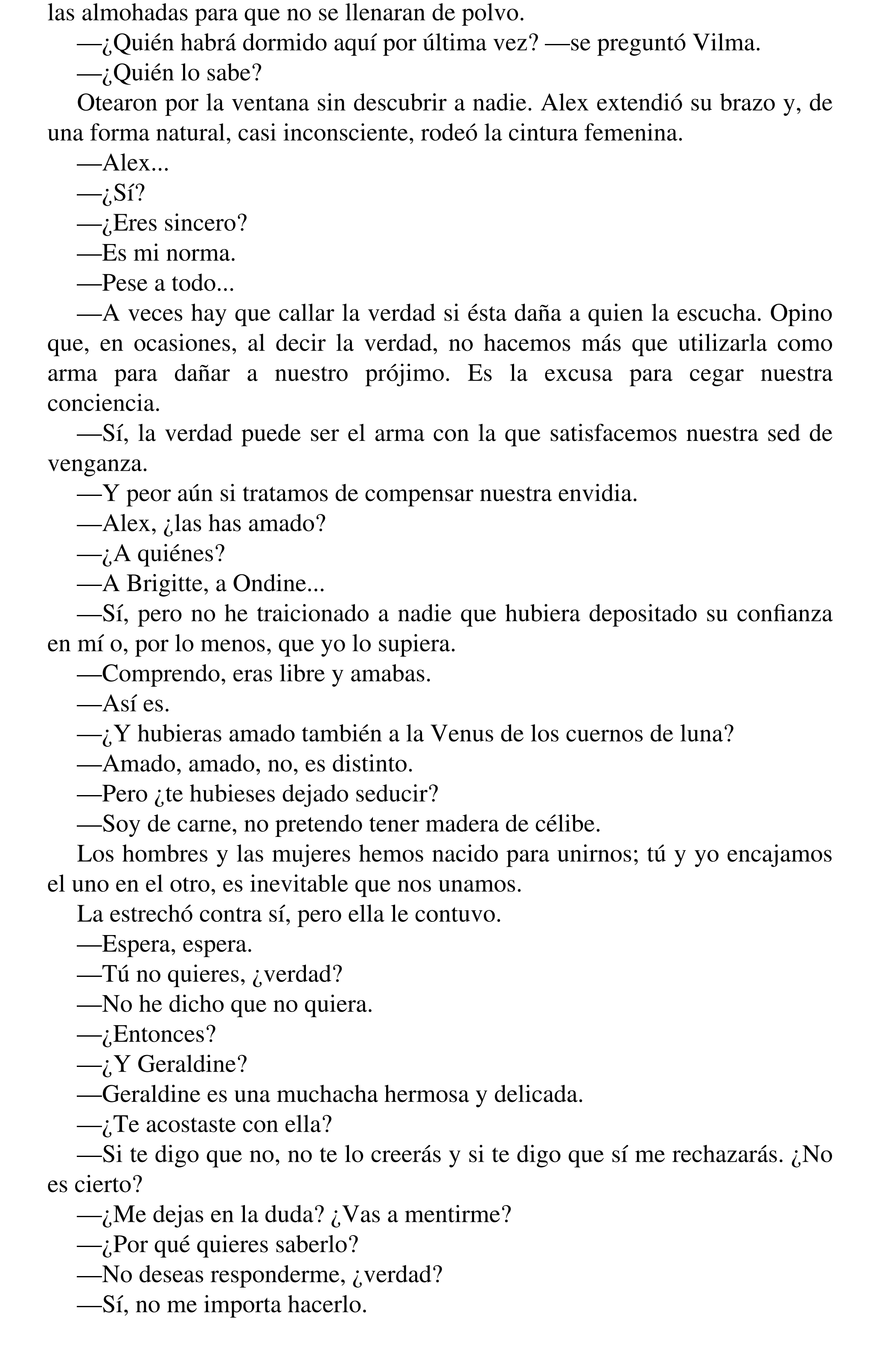
Abrieron las puertas y fueron descubriendo alcobas con distintas camas, en su mayor parte grandes y altas.

—Esta me parece la que huele menas, la mejor —opinó Alex.

—Será la que da a la fachada sur.

Así era. Abrieron la ventana y entró luz suficiente para que la alcoba les pareciera cálida.

Alex miró la cama; estaba hecha, colcha incluida y una tela blanca cubría



las almohadas para que no se llenaran de polvo.

—¿Quién habrá dormido aquí por última vez? —se preguntó Vilma.

—¿Quién lo sabe?

Otearon por la ventana sin descubrir a nadie. Alex extendió su brazo y, de una forma natural, casi inconsciente, rodeó la cintura femenina.

—Alex...

—¿Sí?

—¿Eres sincero?

—Es mi norma.

—Pese a todo...

—A veces hay que callar la verdad si ésta daña a quien la escucha. Opino que, en ocasiones, al decir la verdad, no hacemos más que utilizarla como arma para dañar a nuestro prójimo. Es la excusa para cegar nuestra conciencia.

—Sí, la verdad puede ser el arma con la que satisfacemos nuestra sed de venganza.

—Y peor aún si tratamos de compensar nuestra envidia.

—Alex, ¿las has amado?

—¿A quiénes?

—A Brigitte, a Ondine...

—Sí, pero no he traicionado a nadie que hubiera depositado su confianza en mí o, por lo menos, que yo lo supiera.

—Comprendo, eras libre y amabas.

—Así es.

—¿Y hubieras amado también a la Venus de los cuernos de luna?

—Amado, amado, no, es distinto.

—Pero ¿te hubieses dejado seducir?

—Soy de carne, no pretendo tener madera de célibe.

Los hombres y las mujeres hemos nacido para unirnos; tú y yo encajamos el uno en el otro, es inevitable que nos unamos.

La estrechó contra sí, pero ella le contuvo.

—Espera, espera.

—Tú no quieres, ¿verdad?

—No he dicho que no quiera.

—¿Entonces?

—¿Y Geraldine?

—Geraldine es una muchacha hermosa y delicada.

—¿Te acostaste con ella?

—Si te digo que no, no te lo creerás y si te digo que sí me rechazarás. ¿No es cierto?

—¿Me dejas en la duda? ¿Vas a mentirme?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No deseas responderme, ¿verdad?

—Sí, no me importa hacerlo.

—¿Entonces?

—Escúchame con atención y no hagas preguntas; te contaré lo que ocurrió con Geraldine.

CAPITULO XII

Cuando abandonamos la cafetería, reconozco que estaba bajo el influjo seductor de la jovencísima Geraldine.

Como alumna, había visto en ella posibilidades de gran pintora, pero después de negarse a continuar por la senda del sacrificio, había optado por el camino de las modelos, más llamativo y productivo, aunque con finales aún más inciertos.

—¿De veras no quieres que te acompañe a tu domicilio? —insistí.

—Prefiero tomar algo caliente en tu apartamento, hace un poco de frío.

Se había colgado de mi brazo.

Geraldine había posado desnuda ante mí durante hora y media; mis ojos críticos la habían observado sin limitaciones y también mis sentidos habían participado en la contemplación.

El artista debe observar a la modelo para plasmarla en su obra, mas no siempre consigue dominar sus sentidos, salvo que los tenga ya muertos o la modelo carezca de atracción suficiente.

—Es bonito tu apartamento.

—Reformado —le dije.

—Es amplio dentro de lo que se estila: ahora los apartamentos parecen una habitación de hotel.

Le ofrecí un trago, pero no quise que bebiera mucho alcohol. Me daba cuenta de lo que podía ocurrir y no quería que, si sucedía algo, el alcohol tuviera que ver en ello; me hubiera sentido como un canalla.

Después de beber, Geraldine tuvo una reacción súbita.

Fue hasta el caballete que tengo y viendo un lienzo en blanco, lo colocó en él.

—Píntame —me pidió— tú puedes hacerlo en una sola noche.

—En una sola noche es demasiado; además, para la modelo es muy cansado, diría que insoportable.

—No me quejaré.

Se acercó al tocadiscos y buscó unos discos que seleccionó y puso en el plato para que fueran saltando automáticamente.

El apartamento se llenó de música suave, la música preferida por mí, puesto que yo mismo había comprado los discos.

Comenzó a desnudarse como si estuviera en una pista de strip-tease.

La miré sin hablar, sosteniendo el vaso en mi mano.

Geraldine tenía un arte natural en sus movimientos, una prenda tras otra, no había apresuramiento en ella, era como un sueño.

La modelo provocaba al artista, lo excitaba para obligarle a pintarla y que éste pudiera ver toda su gracia que quizás en una pose estática no alcanzaría a descubrir en su totalidad.

Cuando su desnudez fue completa, siguió danzando al ritmo de la música,

en absoluto estridente.

Se me acercó y me obligó a quitarme la chaqueta. Me desabrochó la camisa y rozó mis labios con los suyos como la más coqueta de las mujeres y retrocedió hasta dejarse caer en el sofá, adoptando una postura en la que podía admirar toda la belleza y esplendidez de sus curvas.

—¿Estoy bien así?

No pude negarme, cogí el carboncillo y comencé a dibujaría para luego pasar a pintarla.

—Muévete más del lado derecho, hacia atrás.

—¿Así? —preguntó, obedeciendo.

—Con el seno más hacia afuera, más erguido.

—¿Crees que son hermosos?

—Mucho.

—¿Por qué no los colocas con tus manos como desees que queden?

Era una provocación y cedí a ella. Me acerqué y le toqué los senos; los noté suaves y cálidos.

La besé en los labios, besé sus pechos, noté su calor entre mis labios. Ella se estremeció. La tentación era tan fuerte que era muy difícil apartarse de ella.

—Geraldine, ahora no, sería un abuso por mi parte.

—¿Por qué, por qué?

—Eres tan bonita...

—Por eso mismo.

—Tan joven... Te sientes sola y yo no soy de piedra, ya lo ves. Para mí lo difícil es mantenerme alejado de ti, pero no me provoques más, seamos amigos.

—¿Sólo amigos?

—Quién sabe si dentro de unos meses...

—¿Sabes una cosa, Alex?

—Pues... —vacilé.

—Lo que te he contado en la cafetería no es cierto.

—¿Y qué es lo que me has dicho?

—Que me había acostado ya con hombres. No es verdad; aunque te parezca absurdo en una chica moderna y más del mundo de la bohemia, soy virgen.

—Mejor, podrás escoger a tu primer hombre.

—Me gustaría que fueras tú.

—Es un compromiso muy grave el que me ofreces.

—¿Por qué no quieres? ¿Es que no te hago sentir nadar —pidió, brillándole los ojos por unas lágrimas que pugnaban por escapar.

Volví a acercarme a ella hasta arrodillarme y le besé de nuevo; noté cómo se estremecía.

—Por favor, Alex...

—No, no, ahora no. Si quieres, saldremos y dentro de un año, de doce meses, volveremos aquí y hablaremos de ello.

—¿Doce meses?

—Sí. Mientras, serás libre de hacer lo que te plazca, de entregar tu virginidad a quien lo desees y yo también seré libre para lo que quiera.

—¿Prometes que dentro de doce meses nos encontraremos?

—Sí, lo prometo.

—Guardaré mi cuerpo para ti, Alex, sólo para ti.

—No. Geraldine, no, tú has tu vida normal y si conoces a un hombre que le merezca, que te apasione más que yo, olvídame. Por favor, no pienses en mí.

—Pensaré en ti y me has dado tu palabra de que dentro de doce meses serás mi primer hombre.

—Está bien, está bien —suspiré.

Me costó mucho apartarme; era una tentación demasiado fuerte.

Ella palpitaba repleta de vida, se había estremecido bajo mis labios, bajo mis manos. Era muy joven y hermosa, pero no cedí y comencé a pintarla.

Mientras lo hacía, me fui tranquilizando, recobré la seguridad y volví a ser dueño de mí mismo.

Llegó la amanecida y la tela estaba terminada.

Reconozco que no es ninguna obra de arte, soy consciente de que está muy lejos de ser parecida al óleo de la Venus de los cuernos de luna; pero está bien, sin genialidad, simplemente bien.

Ella, no sé si por su juventud o por su ilusión, me besó alborozada.

—Es estupendo. ¿Tan hermosa me ves?

Iba a decirle que estaba fatigado, que tenía sueño, pero me contuve. Me daba miedo acostarme estando ella allí porque, sin duda alguna, se hubiera metido en la cama conmigo, ella no nacía ningún esfuerzo por controlarse.

Le preparé un poco de desayuno y luego se marchó pero como transformada; parecía haberse esponjado para absorber más vida de su entorno.

Después de cerrar la puerta y pese a ser invierno, me duché con agua fría.

CAPITULO XIII

—Pero ¿la amas?

—No, no la amo —respondió sincero mientras besaba la piel desnuda en torno a los senos de Vilma.

—Sin embargo, ese plazo de un año...

—Era una forma de apartarla de mí para darle la oportunidad de encontrar al hombre adecuado en ese plazo en el que yo lo iría distanciando.

—Te costaría mucho contenerte.

—Sí. Ella era tina mujer, joven y hermosa, y yo, un hombre. Es lógico, ¿no?

—Pues conmigo no te has resistido.

—Es diferente, tú no eres una niña.

—¿Me llamas vieja?

—No, a ti te amo. Creo que comentó a amarte cuando me ayudaste a recuperar la fuerza de mis piernas.

—No me lo dijiste.

—Soy un hombre critico y me dije que todos los que nos recuperábamos nos enamoramos de ti, de la fisioterapeuta, de la clásica enfermera buena y bonita.

—Sí, es un síndrome que se da mucho —admitió Vilma con una sonrisa.

—Me alegro de que lo comprendas.

—¿Y cuando te diste cuenta de que no se trataba del síndrome del paciente y la enfermera?

—Cuando pude resistir la tentación que representaba Geraldine; entonces apareciste tú en mi mente y comprendí que a quien amaba era a ti.

—¿Se lo dijiste a ella?

—No, no podía hacerle daño, Geraldine se había entregado a mis manos y tenía que ayudarla a seguir adelante sin lastimarla. Es un espíritu puro, creo que sólo está confundida y perdida; le falta algo de fuerza para seguir adelante en esta vida que es tan dura para todos.

—Pues no te dejare que la ayudes demasiado.

—¿No te fías de mí?

—No hay que tentar a la suerte; quizás a la próxima no llegaras a ser tan fuerte.

—¿Me quieres acaparar?

—Sí, soy muy absorbente.

Alex olfateó el aire.

—¿No hueles a quemado?

—Ahora que lo dices, si.

—Debe haber cambiado la dirección del viento.

—Eso quiere decir que hay alguien cerca.

—¿El guarda?

—No sé, voy a ver.

Se calzó los pantalones, se vistió y asomó por la ventana mientras abotonaba su camisa.

—El humo sale de las chimeneas de una casa que está detrás de un muro, no se ve bien.

—¿Habrá gente dentro?

—seguro, iré a ver.

—Espera, voy contigo.

—Como quieras.

Salieron de la casa y no vieron al guarda por ninguna parte. La pequeña y solitaria villa seguía desierta. El cielo se hacía tornado gris, no tardaría en anochecer. Vilma se sentía muy bien; sin embargo, notó el frío sobre su piel.

Anduvieron hacia la casa que se hallaba dentro del cerco formado por el muro que ya tenían a la vista.

—Esa debía ser la mansión de madame Lune —observó Vilma, recordando las explicaciones del guarda.

—Quizás haya llegado la heredera de que habló.

Observaron el muro que les cortaba el paso, mas al enfrentarse con la puerta comprobaron que ésta cedía con facilidad, ya que no había nada que la cerrase.

—No hay ningún timbre —observó Vilma.

—Entremos.

Vieron la casa, con su recia puerta y sus ventanas estrechísimas. Por las chimeneas salía humo, por lo que no cabía dudar que dentro había alguien.

—¿Qué hacemos?

—Mira, hay una cadena, puede ser un llamador —indicó Alex.

Sonó una campanilla. Aguardaron, pero pasaban los segundos y no había serial de vida.

—¿Habrán salido? —preguntó Vilma.

Alex empujó la pesada y resistente puerta y ésta cedió.

Pudieron ver el interior de la casa iluminado con velas y las tres chimeneas, encendidas, con gran cantidad de llamas que brotaban de unos troncos que no parecían consumirse.

—Parece que sí hay alguien por aquí —opino Alex, internándose.

—Más que una casa, parece una capilla o cripta —musitó Vilma, impresionada.

—Sí, y no huele bien, precisamente.

El salón tenía dos chimeneas situadas a derecha c izquierda, vistas desde la puerta de entrada; la tercera chimenea, algo mayor, estaba al fondo, como presidiendo la estancia.

—Mira, parece una losa levantada del suelo —indicó Vilma.

Alex pudo ver la larga y pesada losa que se hallaba muy cerca de la chimenea principal; en el suelo se abría una fosa estrecha y alargada a la que se acercaron despacio.

—¡Alex, Alex, ahí dentro hay alguien!

Trató de retenerle, pero el hombre siguió avanzando hasta quedar cerca de la fosa abierta en el suelo y que no era nada profunda.

Descubrió un cuerpo femenino tendido boca arriba, con los brazos estirados a lo largo.

—¡Geraldine! —rugió.

—¡Nooo!

Alex se arrodilló junto a la fosa y cogió una de las manos de la mujer que yacía entre las piedras calentadas por la proximidad del fuego.

—Geraldine, pobre Geraldine...

—¿Muerta? —preguntó Vilma:

La palidez del rostro de la muchacha era evidente.

—¡Esto es obra de ella, de ella!

—¡Alex, Alex!

—¿Qué?

—¡El fuego! —gritó Vilma señalando las llamas de la chimenea.

Entre ellas, con cierta claridad, vieron la cabeza grande de una mujer que no se quemaba, una cabeza que comenzó a reír, sumergida en el fuego.

CAPITULO XIV

—Ha sido una alucinación, Vilma, una alucinación.

—No, no, yo la he visto.

—Una alucinación. El fuego, el ambiente, la pobre Geraldine...

—¡La ha asesinado ella, ella! ¿Es que no te das cuenta, Alex? ¡Ha sido ella!

Alex se quedó mirando a Geraldine mientras las llamas seguían crepitando en la chimenea; ya no se veía el rostro de la Venus de los cuernos de luna.

Vilma fue hacia la puerta.

—¡Quiero salir de aquí, quiero salir! —gritó.

La puerta estaba cerrada, era como si se hubiera cerrado sigilosamente tras ellos. Vilma buscó un agarrador para abrirla y no lo halló. Intentó hundir los de dos entre la gruesa hoja y la jamba y no lo consiguió.

—¡Alex, Alex, está cerrada, cerrada!

Alex se volvió hacia ella.

—Ahora voy.

Llegó hasta la puerta y buscó la forma de abrirla, pero ni golpeándola en los cantos lo consiguió.

—Qué extraño. ¿Cómo ha podido cerrarse si ni siquiera tiene cerradura?

—Estamos encerrados aquí, Alex, hemos caído en una trampa.

—Tranquilízate. Vilma, no te pongas nerviosa, lograremos salir.

—¿Cómo, Alex, cómo?

Alex se acercó a las ventanas. Eran tan estrechas y con cristales tan gruesos que no sólo no se podía pensar en salir por ellas si no que tampoco se podía gritar hacia el exterior.

—Veamos si hay otras salidas.

Se internaron en la enorme cocina. Allí había otra puerta, igualmente cerrada.

—Esta parece menos sólida —opinó el hombre.

—¿Podrás abrirla?

—No lo sé, voy a intentarlo.

Cogió una banqueta y comenzó a golpear con fuerza hasta partir la banqueta. Jadeando, gruñó:

—Harían falta palancas de acero.

—No las vamos a encontrar.

Subieron por unas escaleras y encontraron habitaciones con camas y objetos muy antiguos, pero lo que les interesaba a ellos eran las ventanas y éstas seguían siendo terriblemente estrechas.

—¿Por dónde podremos salir? —preguntó Vilma, angustiada.

—Ha de haber alguna salida.

—¿Dónde, dónde?

—Por favor, Vilma, tranquilízate.

Alex se fijó entonces en un armario; no era muy ancho y tenía una sola puerta; la abrió.

—Vacio.

—Busquemos —dijo ella saliendo al corredor, esperando que él la siguiera.

—¿Por dónde vamos ahora? —preguntó Vilma.

Avanzó unos pasos por el oscuro y tenebroso pasillo. Al darse cuenta de que no era seguida, se volvió, viéndose sola.

—¡Alex!

No hubo respuesta e, intrigada, retrocedió hasta la habitación de la que acababa de salir. Sus ojos extrañados, llenos de perplejidad, constataron que Alex no estaba allí.

—¡Alex! ¡Alex!

Sus insistentes llamadas no recibieron respuesta, se fijó en el armario, lo abrió y lo vio totalmente vacío.

Alex, no bromees, por favor, sal.

Pero Alex no respondía y no estaba en el armario, debajo de la cama, en el corredor ni en las otras habitaciones que ya habían visto.

—¡Aleeeex!

Gritó angustiada, el miedo se apoderaba de ella. Notó el pavor en sus piernas, en su espinazo, en los labios que no tenían la flexibilidad anterior.

Llegó a la escalera temblando y miró hacia abajo. No había nadie. Jamás se había sentido tan aterrorizada, ella, que siempre se había considerado una mujer segura de sí misma, una mujer que transmitía su fortaleza, su seguridad, su deseo de vivir a los demás, especialmente a los enfermos en periodo de recuperación.

Descendió peldaño a peldaño, oía cada uno de sus pasos, incluso el roce de sus ropas, el crepitar de las llamas.

—Alex. Alex —llamó sin la voz, como si él estuviera muy cerca de ella y pudiese oírla.

Llegó al salón grande, casi una capilla diabólica.

Caminó por él, Alex no aparecía por parte alguna, se había esfumado y Vilma ignoraba cómo.

Comenzó a oír risas tan bajo que apenas sonaban, era un rumor que se confundía con el crepitar de las llamas de las chimeneas.

Las risas fueron aumentando de volumen y descubrió que éstas partían de las chimeneas.

Volvieron a aparecer las cabezas de mujer, una en cada chimenea, eran cabezas totalmente inmersas en el fuego, rostros de mujeres hermosas que no se consumían en las llamas como tampoco se consumían los troncos que ardían y ardían.

—¿Quién, quiénes sois? —preguntó trémula tratando de dominarse, de no dejarse vencer por la locura que daba aldabonazo a la puerta de su mente.

Vilma vio entonces, con más horror si cabe, que del interior de aquella

especie de fosa granítica que estaba delante de la chimenea principal, se levantaba el cadáver de Geraldine.

—¡No, no puede ser! —gimió, retrocediendo.

Geraldine volvió su cara hacia ella, aún con los párpados cerrados. Los abrió para mirarla y sus ojos tenían el aspecto vidrioso de la muerte, eran unos ojos sin vida que sólo inspiraban terror.

—Alex, Alex, ven, te lo suplico, ven —sollozó mientras retrocedía un poco, temiendo caerse, pues las piernas le temblaban.

Geraldine se apartó de la fosa y se introdujo en la gran chimenea.

Ante el espanto de Vilma, se situó dentro del fuego y pudo hacerlo porque la chimenea era del tipo antiguo, muy alta y grande.

Vio cómo quedaba envuelta en llamas; parecía un juego de circo, pero Vilma sabía que no era un circo, que era una realidad.

Ya con la espalda pegada a la puerta que le impedía salir de la diabólica mansión, vio cómo Geraldine se consumía dentro de las llamas después de inflamarse su cuerpo.

Las ropas crepitaban y ennegrecían, transformándose en una figura horrenda que ya nada tenía que ver con la jovencísima modelo que deseaba amar al que fuera su profesor de dibujo.

Aquella figura negra, deformada, monstruosa, tendió sus manos hacia adelante, hacia ella, como pidiéndole que se le acercara, que caminara hacia fa chimenea.

—¡No, no!

De pronto, observó que sus propias piernas se negaban a obedecerla y que avanzaba el primer paso en contra de su voluntad.

—¡No, noooo! —chilló, dándose cuenta de que había iniciado el camino hacia una muerte horrible.

CAPITULO XV

Alex Shartte había quedado desconcertado al empujar la pared del fondo del armario y comprobar que podía pasar al otro lado; pero lo que más le sorprendió es que aquella puerta falsa volvió a cerrarse, dejándole en una galería secreta.

Quiso volver atrás, mas ya no pudo y aquella falsa pared era de piedra y con un espesor tal que le era imposible vencerla. A ciegas, tanteó buscando un resorte.

Sacó de su bolsillo el encendedor y se iluminó en la galería buscando algún resorte que pudiera volver a abrir la puerta, mas no lo halló.

—¡Vilma, Vilma!

Sus llamadas resultaron inútiles; no obtuvo respuesta alguna.

Ante la imposibilidad de regresar junto a Vilma, se dijo:

—Veremos hasta dónde conduce esta galería.

La galería seguía en un tramo y dedujo que había puertas secretas, pero el gas de su encendedor se consumía y la galería estaba completamente a oscuras.

Llego hasta una estrechísima escalera de caracol donde una persona tenía dificultades para bajar o subir y a Alex le pareció que era muy larga.

Cuando llegó a otro corredor, debía haber descendido diez metros de altura, quizá más.

Desembocó en una sala grande que hedía y, horrorizado, descubrió restos humanos en cantidad, huesos, calaveras. No pudo contar cuántas había, era como una fosa común para esqueletos.

—¡Alex, Alex! —llamó de pronto una voz cargada de calor sensual.

—¿Eres tú?

—Sí, tu amada, tu deseo.

—No, no te deseo. ¿Quién eres?

Ella dejó escapar una carcajada larga, burlona; era la risa de la amante que sabe que terminará yaciendo con su hombre.

—Soy madame Lune.

—Mientes.

Volvió a reírse y repitió:

—Soy madame Lune.

—No, madame tune murió en el accidente de coche y se quemó; era una anciana.

—Yo nunca nazco y nunca muero, Alex. Soy eterna como el bien y el mal, como el amor y el deseo, como el odio y los celos. Para los mortales, la vida ha de llegar a un final y así hice terminar a madame Lune, a la madame Lune que había conocido durante tanto tiempo. Me despojé de aquella carne quemándola.

—La enterraron.

—Y volví a ser hermosa porque soy el deseo hecho carne. Tú has sido el primer hombre, el primer mortal que se ofreció a mis ojos.

—Pero ¿quién eres?

Volvió a reír, como inmersa en un juego que sabía iba a ganar.

—¿Tanto te importa saberlo?

Alex encendía y apagaba el encendedor mirando alrededor suyo, tratando de descubrirla, mas sólo oía su voz.

—Me llamo Astartea.

—¿Astartea?

—Sí y mi mundo es la Luna. Soy... —volvió a reírse— ¿para qué contarte más?

—tres un ser infernal, ¿verdad?

—Sí y tengo un esposo que es el dueño del Sol.

—No puede ser.

—Sí, a él no le importa que seduzca a los mortales, más bien le complace.

—Astartea, Astartea... No puedo creer que seas una diablesa.

—Soy el mal, súcubo.

—No me seducirás, Astartea, o madame Lune, como prefieras llamarte. ¿Y Maggie y Diana?

—Mis acolitas suelen devorar los restos que yo arrojo. Sigues comprendiendo, ¿verdad?

—No seré tuyo, no seré victima de tu insaciable y eterno deseo.

—Cederás a mis encantos como todos a lo largo de los tiempos. Gozarás conmigo lo que ningún mortal puede gozar con una súcuba mortal. Vibraras hasta el éxtasis y luego gozarás con Maggie y Diana, mis acólitas. Gozando llegarás al fin y serás uno más entre esos esqueletos.

—Yo no gozaré con vosotras, prefiero a una mujer. Tú no eres una mujer, eres el mal súcubo en forma de mujer.

—Las mortales son eso, mortales; tienen que morir...

—Tú las asesinas.

—Soy poderosa, más de lo que imaginas.

—Yo no seré uno más de esos esqueletos.

De pronto, la Venus de los cuernos de luna se materializó ante él.

Era terriblemente hermosa. Alex lo sabía, la había visto, la había tenido a su lado. Era de una belleza irresistible para el hombre que se sintiera con poder procreativo, con poder viril como lo tenía Alex Shartte.

—Ámame y gozarás lo no imaginado.

—Sé lo que es amar.

—Ninguna mujer te habrá dado jamás lo que vas a sentir conmigo, Alex —le dijo haciendo su voz más cálida aún.

Alex se inclinó sobre los huesos humanos y cogió uno que debía ser un cúbito de algún brazo que había estrechado al mal súcubo llamado Astartea. Lo rompió entre sus manos.

Uno de los pedazos de hueso se convirtió en una especie de puñal.

—No te acerques.

—Gozarás como los otros y no te importará morir, será el salto a una nueva felicidad.

—¿Es el infierno acaso la felicidad?

—¿Por qué no?

—Lo rechazo. Apártate de mí, me repugnas, jamás podrás igualarte a una mujer.

—¿Como Vilma?

—¿Vilma, dónde está Vilma?

—Arriba. Si tú' no cedes y gozas conmigo ahora, ella se convertirá en cenizas, consumida por el fuego, el fuego que ya ha devorado el cadáver de Geraldine. Tengo poder para mover las cosas a distancia, para desatar los vientos, las tormentas, para hacer salir a los muertos de sus tumbas. Puedo pedirte que dejes de respirar y lo harás, morirás asfixiado sin que nadie llegue a tocar tu cuello.

De pronto, Alex se dio cuenta de que ella ejercía su maléfico poder sobre él.

Como si su garganta se estrechara súbitamente para no dejar pasar el aire, dejó el aire, dejó de respirar. Comprendió que sería inútil tratar de aguantar, cada vez sentiría más la asfixia, la falta de oxígeno en su cerebro y se iría debilitando hasta sucumbir.

Optó por reaccionar como un lobo, saltando sobre su atacante, sorprendiéndola, sin llegar a pensarlo para que ella no leyera en su mente.

La punta del hueso humano cayó sobre el pecho de la Venus de los cuernos de luna que tan sensual era.

Como si se fuera a burlar de aquella puñalada, se disponía a reír, pero el hueso no se hundió en profundidad; rasgó la piel por encima del esternón, de arriba abajo y luego, con un gesto tan rápido corno inevitable, de derecha a izquierda.

La sangre brotó por los dos tajos de la piel. La cruz de sangre quedó hecha en mitad del mal encarnado en mujer y lo que sucedió entonces, sólo podía aguantarlo una mente fuerte.

Astartea lanzó un grito horrible, un grito que se desgarró como en mil nervios en cada una de cuyas puntas brotaba otro grito que, a su vez, retumbaba contra las paredes, se convertía en eco y se multiplicaba.

Era como un fabuloso y mítico monstruo herido de muerte.

Semejó hincharse, perdió su bella figura humana y se convirtió en una masa horrible de grandes ojos rojos que despedían fuego y que llegó a ocupar la sala de pared a pared, abarcándolo todo.

La mansión tembló hasta sus cimientos mientras Alex caía al suelo de rodillas, ensordecido, se encorvaba sobre sí mismo y se taponaba los oídos con las manos, incapaz de resistir aquel estruendo.

El monstruo se disolvió en el aire cuando aún temblaban los cimientos de la mansión y unas piedras caían, desprendiéndose de las paredes; semejaba

que el suelo fuera a hundirse.

Cuando Alex apartó las manos de sus oídos, supo que el monstruoso ser ya no gritaba, vencido por el hombre que lo había rechazado, pero no oía nada, estaba ensordecido.

Se iluminó con el encendedor y buscó la salida. Encontró una pequeña galería por la que se introdujo, halló agua y esta agua era de un pozo. Se situó en la vertical del mismo y miró hacia lo alto. Apenas había luz, oscurecía ya.

Tocó las paredes y comprobó que podía subir: con gran esfuerzo pero podía.

Fue ascendiendo pese a que el pozo estaba cerrado por una tapa-reja.

Cuando llegó a ella, apoyando los pies en un lado de la pared del pozo y la espalda en la contraria, forcejeó con la lapa oxidada hasta que el cierre cedió. La empujó hacia arriba y salió al aire libre.

Corrió hacia la puerta de la casa y la golpeó con los puños.

—¡Vilma, Vilma!

—¡Alex, Alex!

La puerta no cedía.

—¡Aguarda y apártate de la puerta, no te acerques a ella! —le gritó.

Se alejó corriendo de la casa. Cruzó la puerta abierta del muro y llegó hasta el coche. Jadeaba por la carrera hasta la villa, pero se metió en el coche, lo puso en marcha y lo hizo rodar a gran velocidad hacia la mansión de madame Lune.

Atravesó por la puerta del muro que seguía abierta y, sin dejar de tocar el claxon, embistió contra la puerta del caserón y subió los dos peldaños que la separaban de la tierra.

La puerta se vino abajo con un terrible estrépito.

Aturdido, vio a Vilma frente a la chimenea, medio metida en la fosa dentro de la cual descubrieran a Geraldine.

—¡Alex!

Corrió hacia ella y le brindó su fuerza, aquella fuerza que la propia Vilma le había ayudado a recuperar. La sacó de allí.

—¿Qué pasa, Alex? No entiendo nada, es monstruoso.

—No trates de comprenderlo, no lo conseguirías jamás.

El coche ya no funcionaba. El motor perdía aceite, estaba roto y Alex, herido, aunque no aludió a ello. Abandonaron la casa y, cuando se hallaban en el corto camino que unía la mansión con la villa, oyeron un fragor que les hizo volver la cabeza.

Vieron que la mansión de madame Lune, tan bien conservada, se derrumbaba y se convertiría en ruinas.

Había anochecido y, al mirar al cielo, Alex observó que no escaparían de la tormenta.

Anduvieron por el bosque y, antes de que llegaran a la carretera, ya llovía torrencialmente sobre ellos.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—Haciendo auto stop. .

—No nos verán.

Unos faros, todavía lejanos, se acercaban a la pareja.

Alex lo hizo señales con el brazo y el automóvil se detuvo junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó la conductora.

—¿Puede llevarnos a la ciudad? Nuestro coche ha sufrido una avería.

—Naturalmente, suban.

Se acomodaron en la parte posterior del vehículo y éste arrancó librándoles de la tormenta. El limpiaparabrisas producía un ruido monótono, zum, zum, zum...

Unos ojos desconcertantes, sensuales y malignos, miraron a la pareja a través del espejo retrovisor y unos labios carnosos sonrieron mientras el coche aumentaba la velocidad bajo la intensa lluvia.

Del llavero del vehículo colgaba una media luna de plata cuyas puntas miraban hacia arriba...

FIN